LA CONJURACION
DE VENECIA,
AÑO DE 1310.

LA

CONJURATION DE VENECIA,

AÑO DE 1310.

DRAMA HISTORICO

POR

DON F. MARTINEZ DE LA ROSA.



PARIS,

IMPRENTA DE JULIO DIDOT,

CALLE DEL PUENTE DE LODI, N° 6.

1830.

ADVERTENCIA.

De algunos años á esta parte, deseaba componer una obra dramática cuyo argumento fuese tomado de la historia de Venecia: la forma de gobierno de aquella república, la severidad de sus leyes, el rigor y el misterio de algunos de sus tribunales, me han parecido siempre muy propios para una composicion de esta clase, capaces de despertar vivo interes y de acalorar fácilmente la fantasía. Al fin me determiné á poner manos á la obra; y ya resuelto á bosquejar una de las revoluciones de aquel estado, empecé por estudiar detenidamente su historia, valiéndome de la que escribió el conde Daru, profunda y completa, si bien sobrado difusa y prolija. Entre los grandes sucesos que presenta, me pareció preferible por varias razones la célebre conjuracion acaecida en Venecia al comenzar el siglo décimocuarto: fue tal vez la mas grave, y la que mas influjo tuvo en la suerte ulterior de aquella república; no avortó antes de tiempo, como la atribuida al marques de Bedmar y otras; su malogro consolidó por siglos el poder de un corto número de familias; y desde aquella época puede decirse que empezó para Venecia una nueva era. La clase de personas que tramaron la conjuracion, su misma importancia, los motivos que la excitaron, su fin

pronto y sangriento, todo parecia brindarse á una composicion dramática; tanto mas, cuanto nunca se ha presentado este argumento en ningun teatro.

Da tambien la casualidad favorable de que no solo han referido con alguna extension este suceso los historiadores de Venecia, como Verdizzotti y otros, sino que existen unos documentos auténticos, sumamente preciosos, que dan de esta revolucion una cabal idea. Tales son las cartas del mismo dux Gradénigo, escritas en aquellos dias á los embajadores de la república y á los gobernadores de las provincias, dándoles cuenta de lo acaecido, en que él habia tenido tanta parte; hallándose en la misma obra las sentencias de los reos y muchas circunstancias notables [1].

Mas no por eso se crea que he seguido escrupulosamente la pauta de la historia, aunque he procurado presentar aquel grave acontecimiento bajo su verdadero aspecto, dar una idea bastante exacta de los principios y máximas de aquel gobierno, y conservar en el traslado de costumbres y caractéres el sello peculiar del siglo y de la nacion.

En cuanto á la fábula de este drama, me parece muy sencilla, y no sé yo si en el teatro bastará el interes que en mi concepto encierra, para lograr cumplidamente su objeto; lo que sí puedo decir

[1] Véase la crónica latina del dux Andres Dándolo y su continuacion, insertas en el tomo XII, in-folio, de la famosa obra de Muratori: *Rerum italicarum scriptores*.

desde ahora es que, al hacer este ensayo, me propuse dar á los sentimientos, al estilo y al lenguaje la mayor naturalidad. Caminando á tientas y sin guia, tampoco sé si me habré ó no extraviado; pero en una carrera no conocida, hasta las caidas de los que van delante suelen ser de provecho á otros.

PERSONAS.

RUGIERO, casado de secreto con
LAURA, hija del senador
JUAN MOROSINI, hermano de
PEDRO MOROSINI, presidente 1° del tribunal de los Diez.

Presidente 2°. }
Presidente 3°. } idem.
Secretario. }

El embajador de Génova.
Su secretario.

MARCOS QUERINI, }
JACOBO QUERINI, }
BOEMUNDO THIÉPOLO, }
ANDRES DAURO, } cabezas de la conjuracion.
BADOER, }
JUAN MAFEI, }

Comandante de la guardia del dux.
Espía 1°.
Espía 2°.
MATILDE, aya de Laura.
JULIAN ROSSI, soldado de la bandera de Rugiero.
Un artesano.
Un marinero.
Una muger del vulgo.
Su marido.
Peregrino anciano.
Peregrino mozo.
Conjurados, soldados, pueblo, jueces y subalternos del tribunal.

La escena en Venecia.

CONJURACION
DE VENECIA,
DRAMA.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon del palacio del embajador de Génova : en el foro una galería estrecha que conduce á la calle; á los lados dos puertas, que dan á las demas habitaciones de la casa. — Es de noche.

ESCENA I.

EMBAJADOR, SECRETARIO (*escribiendo en un bufete*).

EMBAJADOR (*levantándose*).

¡Cuánto tarda la hora!...

(*Despues de un breve intervalo, suena un relox á lo lejos, y da la una.*)

Ya da.

(*Preséntase, saliendo por una de las puertas laterales, un hombre enmascarado.*)

Colócate á la entrada de esa galería; y si alguno penetrare hasta aqui, sin dar el nombre

y sin mostrar la contraseña... déjale muerto á tus pies.

(*El máscara se sitúa en su puesto.*)

EMBAJADOR (*al secretario*).

Aun podemos aprovechar unos instantes, mientras se reunen los nobles Venecianos; tal vez haya tiempo de concluir ese despacho para Génova.

SECRETARIO.

Ved, señor, que es posible que al entrar oigan lo que dictais...

EMBAJADOR (*con frialdad*).

Bien está.

(*El embajador se dispone á dictar, paseándose por la escena: empiezan á llegar sucesivamente varios conjurados, todos con máscara; y al entrar, dicen una palabra al oido á la persona colocada en la galería, y le muestran una medalla; despues se van distribuyendo por la sala.*)

SECRETARIO.

Asi concluia el último período: (*lee*) « Ellos mismos, de propia autoridad, han cerrado la entrada del *Gran Consejo* á los demas nobles; y prohibiendo las elecciones futuras, han vinculado exclusivamente en sus familias el privilegio de tiranizar á su patria. »

EMBAJADOR (*dictando*).

« Usurpacion tan escandalosa ha encendido en los ánimos una indignacion general: no solo varios nobles, despojados injustamente del derecho de ser elegidos, sino aun algunos de los mas ilustres, que por casualidad se hallaban á la sazon en el *Gran Consejo*, han resuelto echar por tierra la obra de iniquidad, y restablecer cuanto antes las antiguas leyes. »

SECRETARIO (*repite*).

« Las antiguas leyes. »

EMBAJADOR.

« Todo se halla dispuesto para esta reparacion solemne; reunidos los medios, prontos los ejecutores, próximo ya el dia... Y como enviado de una república amiga, que acaba de dar el ejemplo de poner coto á la ambicion de algunos nobles, he creido deber contribuir al logro de una empresa, justa en su principio, de éxito seguro, y de consecuencias ventajosas á entrambas naciones. »

ESCENA II.

EMBAJADOR, SECRETARIO, MARCOS QUERINI, JACOBO QUERINI, THIÉPOLO, BADOER, MAFEI, DAURO, OTROS TRES CONJURADOS.

EMBAJADOR (*echando una mirada por la sala*).

Ya me parece que han llegado todos... (*Al secretario.*) Copiad ahora en cifra lo que contiene este escrito, en tanto que celebramos nuestra junta.

(*El embajador se dirige hácia los conjurados, y va dando la mano á cada uno de ellos sucesivamente.*)

SECRETARIO (*leyendo para sí el papel*).

« Apuntad los nombres de todos los concurrentes; y sin hacer ni el mas leve ademan de atender á lo que aqui pase, escribid la sustancia de los razonamientos, y apuntad fielmente cuanto noteis. »

EMBAJADOR.

¿Todos amigos?

CONJURADOS.

Todos.

(*Quítanse las máscaras, se saludan cortesmente, y toman asiento.*)

EMBAJADOR.

¿Falta alguno?...

MAFEI.

Solo echo menos á Rugiero.

EMBAJADOR.

A pesar de sus pocos años, no creo que le hayan detenido las diversiones del carnaval: ama mucho á su patria adoptiva, y no piensa sino en salvarla.

THIÉPOLO.

Solo tendria alguna disculpa su tardanza, si fuese cierto, como dicen, que está perdido de amores, y lo que es peor, sin esperanza de lograr su dicha... Debemos ser indulgentes con los desgraciados.

DAURO.

Mi amigo no ha menester compasion ni indulgencia: cuando se trata de cumplir con un deber, nadie en el mundo le lleva ventaja.

MARCOS QUERINI.

¿Y quién pudiera dudarlo?... Cabalmente sus buenas prendas le han grangeado el afecto de todos; y lejos de mirársele en Venecia como extrangero, sin mas recomendacion que su espada, se le considera con razon como uno de sus mejores hijos. Si hoy tarda, por primera vez, debe de motivarlo alguna causa poderosa...

DAURO.

Quizá sea ese que llega...

EMBAJADOR.

No hay duda.

ESCENA III.

DICHOS; RUGIERO.

(*Presenta este su contraseña al máscara, el cual se retira, al mandárselo el embajador, dejando cerrada la puerta.*)

RUGIERO (*se descubre y saluda á los demas*).

No ha sido culpa mia el haber tardado estos pocos momentos: una casualidad, tal vez de leve importancia, me ha hecho suspender de propósito entrar en el palacio... Toda la noche habia notado que me seguia un máscara, vestido de negro... en vano atravesaba yo los puentes, cruzaba el bullicio en la plaza, mudaba mil veces de rumbo... siempre le veia cerca de mí, cual si fuese mi sombra. A veces sospeché, hallándole por todas partes, que quizá fuesen varios, de trage parecido; y hasta llegué á dudar si seria mi propia imaginacion la que asi los multiplicaba ante mis ojos... Al cabo me ví libre un instante, y lo he aprovechado.

MAFEI.

En esta época del año, nada tiene de singular esa aventura: tal vez os hayan confundido con otro; y aun la mera curiosidad bastaria para que alguno haya formado empeño de conoceros.

DAURO.

Ni la mas leve circunstancia debe desatenderse, en crísis de tanto momento... ¿Quién sabe si acecharán los pasos de Rugiero por algun recelo ó sospecha?... Todos conocemos á fondo las malas artes de ese tribunal, digno apoyo de la tiranía: mina la tierra que pisamos; oye el eco de las paredes; sorprende hasta los secretos que se escapan en sueños...

THIÉPOLO.

Poco le han de valer ya su astucia misteriosa, sus infames espías, sus mil *bocas de bronce,* abiertas siempre á la delacion y á la calumnia... Si se muestra ahora aun mas activo y tremendo, desde que está á su frente el cruel Morosini, antes lo tengo por buen anuncio que por malo; no es síntoma de robustez, sino la agonía de un moribundo.

BADOER.

¿Y porqué tardamos en señalar su última

hora?... En las grandes empresas el mayor peligro está en la dilacion...

JACOBO QUERINI.

Y tal vez en precipitarlas. No es mi ánimo, nobles señores, contrarestar vuestra resolucion generosa; y despues de haber agotado en vano todos los medios de persuasion y de templanza, conozco á pesar mio que es necesario, so pena de mayores males, oponerse resueltamente á tamaño atentado. Mas ya que la ceguedad de unos pocos nos obligue á tan duro extremo, ¿no debemos prever todas las consecuencias, y evitar los estragos de una revolucion?... No basta tener en favor nuestro la razon y las leyes; siempre es aventurado encomendar su triunfo al incierto trance de las armas; y es mala leccion para los pueblos enseñarles á reclamar justicia, desplegando la fuerza...

THIÉPOLO (*interrumpiéndole*).

¿Y qué otro recurso nos queda, para arrancar á unos detentores infames el depósito que han usurpado?... Vosotros lo sabeis: las quejas se graduan de delito, las reclamaciones de crímen, y el patíbulo ahoga la voz de los que osan invocar las leyes! — En ese mismo palacio cuyas puertas se cerraron ante mi padre, alzado por aclamacion pública á la su-

prema dignidad; en ese mismo palacio en que un dux orgulloso, nombrado por sus cómplices, trama noche y dia la servidumbre de su patria, no ha faltado ya quien reclame en favor de nuestros derechos; ¿y cuál ha sido la respuesta?... No necesito recordárosla : aun no está enjuta la sangre de las víctimas!—Sin proceso ni tela de juicio, sin acusacion ni defensa, en la oscuridad de la noche, á la sombra de impenetrables muros, cayeron los leales á manos de los pérfidos; y por colmo de horror y escándalo, se apellidó luego justicia la venganza de los asesinos!

MARCOS QUERINI.

Calma, Boemundo, calma ese aliento generoso, tan necesario en la pelea como arriesgado en el consejo : cuando se trata de asunto de tamaña importancia, mas vale seguir la luz de la prudencia que los ímpetus del corazon. — Nuestros sentimientos son los mismos, uno nuestro deseo; y aunque ves estas canas sobre mi frente, tan resuelto estoy como el que mas á derramar mi sangre, por no dejar á mi patria en tan indigna esclavitud. Mas antes de aventurarlo todo, conviene no olvidar el poder y la astucia de nuestros contrarios, y asegurar el buen éxito de la empresa por cuantos

medios esten al alcance de la prudencia humana...

BADOER.

¿Y qué nos falta ya?... Las tropas de mi mando estan prontas, y llegarán de Padua al momento preciso...

RUGIERO.

Los guerreros que siguen mis banderas me demandan á cada instante la señal anhelada...

EMBAJADOR.

Por no excitar inquietud y sospechas, aun no se han internado en el golfo las galeras de Génova; pero el almirante aguarda ya mis órdenes, y el pabellon de una república amiga vendrá á solemnizar tambien el triunfo de Venecia.

JACOBO QUERINI.

¿Y los nobles?... ¿y el pueblo?...

DAURO.

¿Quién puede dudar de que esten por nosotros? Despojadas de su prerogativa cien familias ilustres, perseguidas otras, amenazadas todas, ansian en secreto la caida de los usurpadores y el recobro de los antiguos fueros: á una voz, á un acento, no habrá noble Veneciano, digno de su estirpe, que no empuñe la espada en nuestro favor.

BADOER.

Y yo respondo con mi cabeza de la cooperacion del pueblo. La ruina de nuestra armada en Curzola, la derrota del Po, la pérdida de Tolemaida, la miseria y el hambre, todas las plagas juntas, han apurado ya la paciencia y el sufrimiento; no hay nadie que no anhele ver el término de tantos males.

MAFEI.

La maldicion del cielo ha caido sobre Venecia, y pide á gritos el castigo de los culpables: ni aun nos queda el recurso, en medio de tantas desdichas, de recibir los consuelos de la religion y llorar siquiera en los templos!.... Cerradas sus puertas, prófugos sus ministros, interrumpidos los cánticos y sacrificios, en vano tendemos los brazos al Pastor santo de los fieles... Su tremendo entredicho pesa sobre nosotros; y á su voz todas las naciones nos repulsan como apestados, ó nos persiguen como á fieras.

THIÉPOLO.

¿Qué aguardamos, pues, qué aguardamos?...

DAURO.

A cada instante se agravan los males, y se dificulta el remedio.

RUGIERO.

La menor tardanza puede sernos funesta.

MAFEI.

Ni un dia mas!

VARIOS CONJURADOS.

Ni un solo dia!

MARCOS QUERINI.

Pues tan resueltos os mostrais á tentar cuanto antes el último recurso, concertemos el plan con madurez y detenimiento, dejando cuanto menos sea dable á los azares de la suerte. Sé bien que podemos contar, al menos por el pronto, con mas fuerzas que nuestros contrarios; ¿pero no debemos procurar que nuestro triunfo cueste pocas lágrimas, y evitar con todo empeño el derramamiento de sangre?... Quisiera yo tambien, y daria mi vida por lograrlo, que se tomasen todas las precauciones para que el pueblo no sacuda el freno, y no empañe nuestra victoria con desórdenes y demasías. Ha nacido para obedecer, no para mandar; y al mismo tiempo que vea desmoronarse la obra inicua de la usurpacion, debe admirar mas firme y sólido el antiguo edificio de nuestras leyes. Rescatemos, sí, rescatemos de manos infieles la herencia de nuestros mayores; mas no expongamos el bajel del estado á las tormentas populares.

EMBAJADOR.

Bien se echa de ver, noble Querini, bien se

echa de ver en vuestras razones aquella prudencia consumada, que os ha grangeado tanto crédito entre los padres de Venecia. Tan persuadido estoy, por lo que á mí toca, de la oportunidad de tan saludables consejos, que siempre he sido de dictámen de que debe emplearse la sorpresa y la astucia, mas bien que empeñar una larga contienda, incierta tal vez y dudosa. Por lo mismo que nuestros contrarios confian tanto en su prevision y en sus fuerzas; por lo mismo que se han reunido pocos, para oprimir mas á su salvo; ha de ser menos difícil lograr nuestro propósito por algun medio pronto, osado, que no hayan podido siquiera imaginar. Tal seria, si bien os pareciese, apoderarnos por sorpresa del Dux y de sus principales cómplices; y arrojándolos lejos de la patria que no merecen, proclamar al punto el restablecimiento de las antiguas leyes...

MAFEI.

Anoche mismo, paseándome por los pórticos, noté cuán factible era apoderarse de rebato del palacio ducal. La guardia me pareció escasa y desapercibida ; la plaza estaba hirviendo de gente; las oleadas llegaban hasta dentro de las mismas puertas, sin excitar recelo... ¿Qué riesgo habria en mezclarnos con

la muchedumbre, acechar la ocasion oportuna, y abalanzarnos á una señal, sin dar siquiera tiempo de ponerse en defensa?

THIÉPOLO.

Reunidas en secreto nuestras tropas en el palacio de Querini, pocos instantes habrian menester para ocupar el puente de Rialto y cortar la comunicacion entre ambas partes de la ciudad.

BADOER.

Algunos hombres escogidos, mezclados entre la turba, podrian apoderarse de improviso de las avenidas de la plaza y contener á un tiempo á los usurpadores y al pueblo.

JACOBO QUERINI.

Lo que urge mas que todo es apoderarse desde luego del Dux... Yo conozco á Gradénigo... hombre audaz, obstinado, inflexible, que expondrá mil veces la vida antes que ceder.

THIÉPOLO.

¿Y de qué le servirá su arrojo, cuando se halle sorprendido, abandonado de los suyos, sin recurso en la tierra?... Tambien eran valientes los que abusaron antes que él de la suprema potestad; y no por eso se pusieron á salvo del castigo de nuestros padres. Dichosos se llamaron los que pasaron desde el solio á un triste monasterio; mientras proscriptos

otros, privados hasta de los ojos para llorar su afrenta, por única merced demandaban la muerte!

EMBAJADOR.

Mas fácil será ahora nuestro triunfo, ya que la suerte se nos brinda propicia... Pasado mañana, por último dia de carnaval, celebra el Dux un festin magnífico, á que asistirán sus consejeros y muchos miembros del senado, sus principales cómplices: nuestros amigos y parciales pueden concurrir igualmente, disfrazados como los demas nobles; y su sola presencia bastará para afianzarnos la victoria. Al momento que estalle el tumulto en la plaza, debe resonar el mismo grito en los salones del palacio, y hallarse el Dux cercado de cien desconocidos. La confusion, la sorpresa, la imposibilidad de distinguir amigos y contrarios, quebrantarán el ánimo de los mas audaces; y sin osar resistir siquiera, caerán en nuestras manos.

MARCOS QUERINI.

A pesar de que juzgo ese plan el menos arriesgado, y harto probable su buen éxito, no dejemos por eso de tomar todas las precauciones... Muchas empresas se han malogrado en el mundo, por haberse desatendido una circunstancia muy leve; y no es lo mas difícil imaginar un

plan, sino concertar bien los medios de llevarle á cabo.

EMBAJADOR.

¿Y quién mejor que vos, respetable Querini, dotado de la prudencia de la edad madura y del aliento de la mocedad, pudiera encargarse de tan arduo negocio?... Cierto estoy que no habrá uno solo de estos nobles patricios que no se someta á vuestro dictámen, pronto á ejecutar vuestras órdenes.

RUGIERO.

Todos estamos prontos.

CONJURADOS.

Todos!!!

MARCOS QUERINI.

Aunque tanto me honra vuestra confianza, no quisiera yo cargar sobre mis flacos hombros un peso tan grave; antes bien me atreveria á suplicaros que nombraseis algunos de vosotros, que me auxiliasen y sostuviesen.

DAURO.

Sin salir de vuestro palacio, ¿no teneis en él á vuestro hermano y á vuestro ilustre yerno?.. (*Señalando á Jacobo Querini y á Thiépolo.*)

MAFEI.

Nadie mejor que ellos; uno auxiliará vuestra mente, y otro vuestro brazo.

BADOER.

Así tambien se evita la necesidad de reunirnos, á riesgo de excitar sospechas.

RUGIERO.

A nosotros nos bastará recibir el mandato, aprestarnos, y obedecer.

EMBAJADOR (*levantándose*).

Ea, pues, señores: despidámonos hasta el dia feliz en que ha de respirar Venecia... Envidio vuestra gloria; y mi propia sangre daria por poderme contar, como vosotros, entre los libertadores de mi patria.

JACOBO QUERINI.

Quien vuelve por las leyes no hace mas que pagar una deuda; nada hay que agradecerle.

RUGIERO.

Aun cuando la suerte nos fuese adversa, antes quiero perecer con las víctimas que no triunfar con los verdugos.

DAURO.

¿Porqué has de pensar siempre lo mas triste y funesto?... No se trata de morir, sino de vencer.

MAFEI.

Nuestra causa es la causa de Dios; y él volverá por ella.

MARCOS QUERINI.

Vamos á poner todos los medios que pendan de nosotros... y cúmplase despues la voluntad del cielo!

(*Se despiden y salen por la galería : el embajador manda al secretario que le siga, y se va por una puerta lateral.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

\+ +

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el panteon de la familia Morosini: vense á entrambos lados varios sepulcros, con estatuas y emblemas fúnebres; en el fondo se descubre una pequeña capilla, cerrada con una verja de hierro y alumbrada con una lámpara; habrá varias puertas y ventanas.

ESCENA I.

PEDRO MOROSINI, DOS ESPIAS (*con caretas y dominó negro*).

(*Abrese una puerta en el fondo, y entran con el mayor silencio.*)

MOROSINI.

Aqui no tendremos mas testigos que los restos de mis mayores... Ellos me enseñaron á velar noche y dia por la salud de la república.

ESPIA 1°. (*descúbrense ambos*).

Hoy hemos seguido tambien los pasos de Rugiero; mas no mostraba inquietud ni recelo, y se ha encaminado en derechura á la boda del senador Barozzi.

MOROSINI.

¿Mas estais ciertos de que fuese él, y no otro, quien entró anoche en el palacio de Génova?

ESPIA 2°.

No nos queda ni la mas leve duda: apenas le dejamos alli, dimos por cien partes el aviso oportuno; y no se le perdió de vista á la vuelta, hasta que entró en su casa.

MOROSINI.

¿Con qué personas ha hablado estos últimos dias?

ESPIA 2°.

Dos veces ha ido disfrazado al palacio Querini...

MOROSINI.

Al palacio Querini!...

ESPIA 1°.

Tambien ha recibido hoy en su casa al aya de vuestra sobrina, que despues de permanecer con él unos cortos momentos, se volvió aqui en la góndola de vuestro hermano.

MOROSINI (*despues de una pausa*).

¿Con quién vive Rugiero?

ESPIA 1°.

Desde que llegó á Venecia vive solo, sin mas que uno de los extrangeros que siguen sus banderas.

MOROSINI.

¿No habeis hallado medio de ganarle?

ESPIA 1°.

Ninguno.

MOROSINI (*con tono severo*).

Yo buscaré quien cumpla mejor con su obligacion.

ESPIA 2°.

Solo hemos podido sonsacarle algunas expresiones sueltas, en medio de la embriaguez y valiéndonos de su manceba.

MOROSINI.

¿Y qué es lo que habeis inferido?

ESPIA 1°.

Que se trama algun atentado contra la república, y que Rugiero cuenta con los suyos.

MOROSINI.

¿Cuántos salieron con él del palacio del embajador?

ESPIA 1°.

Salió solo, con precaucion y recato; mas serian unos doce los que alli se reunieron.

MOROSINI.

¿Estais seguros de que iba tambien Thiépolo con ambos Querinis?...

ESPIA 2°.

Por lo menos, una persona que se le asemejaba mucho entró con ellos en el palacio;

y á los pocos instantes, vimos el reflejo de una luz en la galería que conduce á su habitacion.

MOROSINI.

¿Qué ha avisado hoy el proscripto, que se halla refugiado en el palacio del embajador?...

ESPIA 1°.

Solo ha confirmado lo que ya sabiamos; pero ofrece revelar hasta lo mas mínimo, para ganar su indulto.

MOROSINI.

¿Se ha mudado ya Gritti á la casa contigua?

ESPIA 1°.

Y de dia y de noche está siempre en acecho.

MOROSINI.

Ignora sin duda que hay otros que tienen tambien ese encargo...

ESPIA 1°.

Está muy ufano, creyendo ser el solo; y no sabe que le observan á él mismo en su propia casa.

MOROSINI (*dándole un papel*).

Bien está. — Llevad esta órden mia al alcaide de los subterráneos, y que deje entrar á uno de vosotros hasta el calabozo de Beccario, cual si fuese enviado por el tribunal para

asistirle en sus dolencias... Conviene mostrarle compasion y ganar su confianza, á fin de averiguar cuanto sepa acerca de la conjuracion... Tal vez seria oportuno darle por supuesto que está ya descubierta y presos entrambos Querinis... que á uno de los cómplices, por haber confesado la verdad, se le ha conmutado en destierro la pena de muerte; que él puede esperar igual gracia, si se anticipa á otros; pero que mañana tal vez será ya tarde!

ESPIA 1°.

No se omitirá medio alguno, para sondearle hasta el fondo del corazon.

MOROSINI.

Al clarear el dia, me dareis parte de las resultas, á la entrada del tribunal... lo que no haya logrado la persuasion, lo arrancará el tormento.

(*Oyese el ruido de una llave, como queriendo abrir con secreto una de las puertas; y quédanse suspensos, en ademan de escuchar.*)

MOROSINI.

¿Qué ruido es ese?...

ESPIA 2°.

Parece como que intentan abrir la puerta inmediata.

MOROSINI.

¡Quién puede ser á estas horas y en este si-

tio!... Mas ocultémonos, antes que entren, detras de este sepulcro.

(*Se ocultan los tres: ábrese la puerta; y aparece Laura vestida de blanco, suelto el cabello, y con una lámpara antigua en la mano.*)

ESCENA II.

LAURA.

¡Qué silencio, Dios mio!... hasta el ruido de mis pasos me infunde pavor... Mucho tienes que agradecerme, Rugiero, mucho!.... ¿Por quién en el mundo haria yo otro tanto?... Yo tan tímida, tan cobarde, que ni siquiera osaba antes bajar sola al jardin, atravieso ahora á media noche las galerías y salones, y oso penetrar en este sitio... donde todo anuncia la muerte!

(*Coloca la lámpara sobre el sepulcro en que estan ocultos, y mira á todas partes con asombro.*)

La vista de estos sepulcros me intimida aun mas que otras veces: me parece que hasta las estatuas fijan en mí los ojos, me reprenden y me amenazan... Laura, infeliz Laura!...

(*Oyese hácia el fondo un débil eco, que repite*: Laura.)

Válgame Dios!... creí que repetian mi nom-

bre, y es sin duda el eco de estas bóvedas.... La sangre toda se me ha helado en las venas, y el cabello se ha erizado en mi frente... Infeliz Laura, ¿qué será de tí?... Un presentimiento fatal me estrecha el corazon, y ni me deja respirar siquiera... Ven, esposo mio, ven; cerca de tí nada temo en el mundo!...

(*Abre una ventana y asómase.*)

No descubro ningun objeto... está la noche tan oscura!... Ni una estrella se divisa en el cielo; y solo se oye el murmullo del viento en este canal solitario... Si no vendrá!... Si le habrá sucedido alguna desgracia!... No, Dios mio, no; harto infeliz es ya!

(*Dirígese con el mayor abatimiento hácia la capilla y se arrodilla delante de la verja.*)

Tú eres mi solo consuelo, protectora de los desdichados; tú ves con piedad estas lágrimas que corren de mis ojos, y no me negarás tu amparo... no, Vírgen santa, no; yo no tengo mas madre que tú!... Pero si hemos merecido, por nuestra triste union, el castigo del cielo; si somos los únicos en la tierra que no alcancen con el llanto su perdon y misericordia... caigan sobre mí, sobre mí sola, cuantos males puedan amenazarnos... Yo me resignaré á mi suerte, sin quejarme siquiera; y te bendeciré, Vírgen santa, hasta mi última hora!...

(*Levántase despues de unos instantes.*)

Siento mas desahogado mi corazon, y mi pecho late mas tranquilo...

(*Volviendo el rostro á la capilla.*)

Hasta las lágrimas son dulces, madre mia, cuando se derraman en tu seno!...

(*Encamínase hácia la ventana.*)

No puede tardar... quizá en este instante me estará ya esperando; y yo no habré oido el canto que me da la vida...

(*Asómase y escucha atentamente.*)

Me parece que oigo á lo lejos como ruido de remos... ¿Si será ilusion?... No, no hay duda; los latidos de mi corazon me anuncian ya mi dicha, y el temblor se apodera de todos mis miembros... Él es!... él es!... voy á verle, á oirle, á estrecharle en mis brazos... ¿qué muger en la tierra mas dichosa que yo?...

(*Cantan á lo lejos los versos que siguen, acercándose cada vez mas la voz:*)

En hora fatal Leandro
Cruzaba una noche el mar,
Diciendo á las recias olas:
Dejadme llegar allá,
Que la prenda de mi alma
Esperándome estará;
Si quereis mi triste vida,
A la vuelta la tomad!...

(Va apagándose el canto.)

Dejadme llegar...
Dejadme...
Verla y espirar......

LAURA *(con la mayor alegría).*

Es la voz de su barquero... ya llegan. *(Hace una seña con un pañuelo blanco, y arrojan desde afuera una escala de cuerda, que ella ata á la ventana).* Cuidado, Rugiero, cuidado... mas despacio, mi vida... dame ya la mano!

ESCENA III.

LAURA, RUGIERO.

(Entra Rugiero por la ventana, descubriendo bajo la capa un vestido lujoso de baile: arrójase en los brazos de Laura.)

RUGIERO.

Laura mia!... ¿Porqué lloras?...

LAURA.

No lloro, Rugiero, no lloro...: estas lágrimas que ves son de ternura... de alegría... tanta dicha no cabe en mi alma!

RUGIERO.

Serénate, amor mio... ¿Hace mucho que me aguardabas?...

LAURA.

No; pero cada instante me parecia un siglo!... ¿Quieres que te confiese tambien mi flaqueza?... hasta tenia miedo.

RUGIERO.

¿De veras?

LAURA.

Es este panteon tan triste... tan sumamente triste... que me parece de mal agüero solo el pisar sus losas.

RUGIERO.

Desecha esos vanos temores; á mí me parece á tu lado la mansion de los cielos!

LAURA.

A mí tambien, Rugiero; pero cuando me veo sola, se apodera de mí una tristeza, una angustia, que ni soy dueña de mí misma... Estos dias, no sé porqué, me siento tambien mas abatida... me cuesta tanto mostrarme alegre, y ocultar lo que pasa en mi corazon!... Habrá apenas dos horas, me acariciaba mi padre con una bondad, con una ternura, que hasta el alma se me partia... Si le hubieras oido, todo lo que me decia para alegrarme, sus proyectos, sus esperanzas... no tiene en su vejez mas

apoyo, mas consuelo que yo; y voy á hacerle infeliz en los últimos años de su vida!

RUGIERO.

¿A qué te afliges ahora?... ¿Quieres amargar estos instantes, los únicos que gozamos de dicha?...

LAURA.

No, Rugiero... ya me ves, estoy mas alegre... A tu lado olvido hasta mis propios remordimientos!

RUGIERO.

¡Remordimientos!... ¿y de qué? ¿Te pesa el amar á tu esposo?...

LAURA.

Pesarme!... Yo no vivo sino por tí; yo no pienso sino en tí; yo no pudiera existir ni un solo dia, si llegara á perderte!... Pero engañar á un padre tan bueno; recibir de sus labios mil elogios, que estoy tan lejos de merecer; haber dispuesto de mi mano sin su voluntad, exponiéndome á su enojo, y tal vez á su maldicion... antes morir, Dios mio!

RUGIERO.

¿Ves, Laura, lo que haces?... Estás toda trémula, demudada, tan pálida!... Ven aqui, bien mio... Descansarás unos instantes, reclinada tu cabeza contra mi pecho.

(*La acerca á un sepulcro, situado hácia el prome-*

dio del teatro, poco levantado del suelo, con dos figuras esculpidas groseramente en el mármol, ya carcomido por los años.)

LAURA.

¡Ahí!... No, Rugiero, no, por nada del mundo.

RUGIERO.

¿Y porqué?

LAURA.

Los que yacen en ese sepulcro fueron muy desgraciados; y nosotros lo somos tambien!

RUGIERO.

Tú no perdonas medio alguno de atormentarte...

LAURA.

Si supieras la historia de esos esposos!... Se amaron muchos años, llenos de desdichas; el mismo dia de sus bodas los separó la suerte; y solo lograron reunirse en ese sepulcro... ¿Mas porqué me miras asi?...

RUGIERO.

Yo no; te estaba meramente escuchando.

LAURA.

Fijabas en mí los ojos con una mirada tan triste!...

RUGIERO.

Es aprehension tuya, Laura mia; yo nunca estoy triste á tu lado. Ven, yo te lo ruego, ven;

aqui estarás mejor... ¿no quieres darme ese gusto?...

LAURA.

Yo no tengo mas voluntad que la tuya.

(*Siéntanse á los pies del sepulcro.*)

RUGIERO.

Asi, Laura, á mi lado...

(*Cógele la mano, y la besa con la mayor ternura.*)

¿Quién podrá separarnos, quién?

LAURA.

Nadie en el mundo.

RUGIERO.

Ni la misma muerte. —

LAURA.

Razon tenias, Rugiero; cerca de tí estoy mas tranquila.

RUGIERO.

¿Lo ves?

LAURA.

Pero se me representó tan al vivo la historia de esos esposos... la he oido contar tantas veces, desde que era niña!...

RUGIERO.

Aleja de tu alma tan tristes pensamientos... no siempre hemos de ser desgraciados.

LAURA.

Tú mismo no lo esperas; y solo me lo dices por consolarme.

RUGIERO.

No, Laura, no; mi corazon me anuncia que van á cesar nuestras penas.

LAURA.

¿Lo crees asi, Rugiero?

RUGIERO.

Sí.

LAURA.

Y yo te llamaré mi esposo, y no nos separaremos ni un instante, y todas las mugeres me tendrán envidia...

RUGIERO.

Laura mia... si vieras esta noche lo que me he acordado de tí!... He asistido á la boda del senador Barozzi; y estaban todos tan contentos, que su misma alegría me lastimaba el alma... Cuando oí los acentos de la música... cuando ví á Leonor dar la mano á su esposo, ante un ministro de Dios, rodeada de toda su familia... ¿Te enterneces, Laura?

LAURA.

Y su madre la bendijo... ¿no es verdad?... la bendijo mil veces, y ella lloró en sus brazos, y no podian separarlas...

RUGIERO.

Cálmate, amor mio... ¿porqué te afliges hasta ese punto?...

LAURA.

Mi madre... mi pobre madre... ¡qué diria la infeliz, si viviese!

RUGIERO.

Tendria lástima de nosotros, y nos perdonaria... Tú por lo menos tienes el consuelo de haberla conocido, de haber pasado tu niñez á su sombra; tú recuerdas su rostro, su acento, sus caricias... á la hora de su muerte, te dejó en los brazos de un padre... pero yo, yo, infeliz de mí, desde que abrí los ojos, no he tenido en el mundo á quien volverlos!

LAURA.

¡Cómo queman tus lágrimas, Rugiero!... Deja, déjame; yo las enjugaré con mi mano...

RUGIERO.

Solo, huérfano, sin amparo ni abrigo... sin saber á quienes debo el ser, ni siquiera la tierra en que nací... ¿Porqué me amas, Laura, porqué me amas?... Basta que seas mia, para que seas desgraciada!

LAURA.

Mas quiero contigo todas las desdichas juntas que lejos de tí todos los bienes de la tierra... Mira, Rugiero, con toda mi alma te lo digo: quizá no te amaria tanto, si fueras feliz... pero cuando oia referir tus desgracias, y escuchaba los elogios que de tí hacian, tu valor en los

combates y tu clemencia con los vencidos... yo no sé lo que sentia; pero antes de conocerte ya te amaba!... Yo nací para tí, Rugiero, para consolarte en tus penas, para hacerte olvidar tu orfandad y llenar el vacío de tu corazon... ¿qué te falta, dí, adorándote yo?

(*Le echa los brazos al cuello.*)

RUGIERO.

Tú no eres una muger, eres un ángel; el cielo te ha enviado para hacerme sobrellevar la vida! —

(*Quédanse unos instantes en silencio, con las manos entrelazadas.*)

LAURA.

Cuando estemos asi delante de mi padre... y nos llame á los dos *hijos mios*... y nos contemple enternecido, con las lágrimas en los ojos... ¿crees tú que llegará ese momento?

RUGIERO.

Sí, Laura, y antes que imaginas.

LAURA.

Yo conozco su mucha bondad y el cariño que me tiene; hasta su vida daria por mí... pero temo que nos engañemos, Rugiero: vivimos en Venecia, y mi padre anhela como el que mas el lustre de su familia... Quizá por sí propio haria en favor nuestro el mayor sacrificio; dero temerá el desaire de los otros nobles, el

menoscabo de su influjo, las reconvenciones de su hermano... Tú no conoces á este, y yo sí: justo y virtuoso, pero mirando hasta la piedad como una flaqueza, trata á los demas hombres con la misma severidad que á sí propio... No amó nunca, Rugiero; ¿cómo quieres que nos mire con indulgencia y lástima?

RUGIERO.

Pues cabalmente en él tengo mi mayor confianza...

LAURA.

¡En él!

RUGIERO.

Sí, Laura, en él; quizá mañana mismo me deba hasta la vida.

LAURA (*con sorpresa y pasmo*).

¡Qué me dices, Rugiero!...

RUGIERO.

¿Y porqué tiemblas tú?... No tienes porqué azorarte; sosiégate; no voy á correr ningun riesgo...

LAURA.

Ninguno!... Pues bien, Rugiero, estoy pronta á creerte; pero solo exijo una cosa.

RUGIERO.

Todo cuanto tú quieras.

LAURA.

Ven, y júramelo por mi vida, ante aquella

divina imágen... (*Le mira de hito en hito.*) No bajes los ojos, no los bajes; en tu cara estoy leyendo lo que pasa en tu corazon. —

RUGIERO.

Laura mia...

LAURA.

Deja, déjame...

RUGIERO.

No quisiera, ni una sola vez, mentirte y engañarte; pero temo que diciéndote la verdad, te aflijas sin motivo.

LAURA.

¿Y prefieres dejarme en esta incertidumbre?... Haz lo que quieras; yo sé ya cual va á ser mi suerte!...

RUGIERO.

No llores, Laura, no llores y escúchame... voy á darte una prueba de lo que te amo; pero por Dios te pido que me creas, y no te hagas mas infeliz!... Yo no voy á correr ningun riesgo; te lo repito una y mil veces... Todo está previsto; y el éxito es seguro: en un solo momento va á cambiarse la suerte de Venecia, y pasado mañana eres mia á la faz del mundo!... ¿No te alegras de oirlo?... Alza la frente, Laura... tienes la mano helada, con un sudor tan frio!...

LAURA.

Y me decia que me amaba tanto... y que nunca mas expondria su vida... y que seria siempre mi apoyo y mi consuelo... Padre mio, ¡qué va á ser, en faltándole tú, qué va á ser de tu hija!...

RUGIERO.

Por Dios, Laura, por Dios... cada palabra tuya se me clava en el alma!

(*Quédanse un momento silenciosos; y empieza á oirse el susurro del viento.*)

LAURA.

Un solo favor quisiera pedirte...

RUGIERO.

¿Qué quieres?

LAURA.

El primero... y el último que te pediré ya en mi vida.

RUGIERO.

¿Qué quieres, Laura?... Dílo.

LAURA.

Tú vas á perderte... á perderte... tú no conoces la tierra que pisas; y hasta la pasion que me tienes contribuye á cegarte...

RUGIERO.

No, Laura, no lo creas: los hombres de mas cuenta, los patricios mas graves, se hallan decididos, prontos á salvar á Venecia...

Todo está calculado para evitar el derramamiento de sangre; y hasta el mismo Dux, sorprendido en su palacio, no recibirá daño ni insulto en su persona..... Yo temí..... ¿cómo podia olvidarte?... temí que en medio de la confusion, intentase alguno vengar en tu tio la muerte de propios ó de extraños... es tan aborrecido!... Por eso me he encargado de cerrar con mis tropas las avenidas del tribunal, y de velar en guarda de los jueces... ¿Qué tienes que temer?... Yo estaré á la vista de tu propia casa; yo defenderé á tu familia; yo tendré la satisfaccion de que me deban algo los que tienen tu misma sangre... ¿no los oirás con gusto manifestarme su agradecimiento?... No me respondes, Laura; y ni aun parece que me escuchas... ¿Qué tienes, mi vida?... Llora si quieres, llora en los brazos de tu esposo, que te ama mas que á su corazon!... (*Reclínase Laura en el hombro de Rugiero.*) Asi, Laura, asi, no te reprimas...

LAURA.

Rugiero... Rugiero...

RUGIERO.

No puedes ni aun hablar... los sollozos te ahogan...

LAURA.

No me abandones... ten lástima de esta infeliz!

RUGIERO.

¡ Abandonarte yo!... ¿Puedes imaginarlo?

LAURA.

Si te sobreviniese algun daño en medio del tumulto... si cayeras en las garras de ese tribunal, que ni olvida ni perdona... Rugiero, Rugiero mio, no te apartes de mí!

RUGIERO.

Serénate, Laura, serénate...

LAURA.

Por Dios te lo pido, Rugiero... no me dejes en este estado, si me amas todavía... El dia que te suceda una desgracia, será el último de mi vida!... ¡ Qué es eso!... ¿Porqué vuelves el rostro?.

RUGIERO.

No es nada, Laura...

LAURA.

Me pareció que habia oido como un murmullo...

RUGIERO.

Es el viento, que zumba en estas bóvedas... ¿no ves cómo ha arreciado?... (*Suena mas fuerte el viento.*)

LAURA.

Sí, ya le oigo... y hasta ese ruido tan triste aumenta mi terror... La noche en que estuve á la muerte, sonaba asi tambien... No me dejes,

por Dios, no me dejes; si te vas, me muero!

RUGIERO.

¿Porqué tiemblas ahora?... ¿No estoy yo á tu lado?...

(*Uno de los espías apaga de pronto la lámpara, y vuelve á esconderse.*)

LAURA (*levantándose despavorida*).

¡Dios mio!...

RUGIERO.

El viento la ha apagado sin duda... voy á encenderla en la capilla, y vuelvo al instante...

LAURA.

Yo iré tambien contigo... yo no me quedo sola.

RUGIERO.

¿Tienes miedo, mi vida?

LAURA.

No sé, Rugiero, no sé lo que pasa por mí... pero temo apartarme de tí ni siquiera un momento... me parece mentira que he de volver á verte!...

(*Rugiero se encamina á tomar la lámpara, y Laura le acompaña: al llegar junto al sepulcro, salen de improviso los dos espías enmascarados, se arrojan sobre Rugiero, y le ase cada uno de un brazo.*)

ESCENA IV.

LAURA, RUGIERO, LOS DOS ESPIAS.

RUGIERO.

Perdidos somos!

LAURA (*da un grito, y cae desvanecida junto á la puerta por donde entró*).

¡Ay!...

RUGIERO.

Laura!...

ESPIA 1°. (*presentándole una daga al pecho*).

Si despegas los labios, aqui mismo mueres.

RUGIERO.

Laura!!!...

ESPIA 2°. (*poniéndole un pañuelo en la boca*).

Ya acabaste de hablar en tu vida.

(*Le conducen con violencia hácia la puerta por donde entraron; y sale Morosini de detras del sepulcro.*)

ESCENA V.

LAURA, PEDRO MOROSINI.

MOROSINI. (*Se acerca á su sobrina, la levanta, y la contempla unos instantes en silencio:*)

¡Imprudente... cuántas lágrimas va á costarte tu loca pasion!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa una sala del palacio de la familia Morosini.

ESCENA I.

LAURA, MATILDE.

(Laura está sentada en un sillon, y Matilde á su lado, en pie.)

LAURA.

No lo he soñado, Matilde, no; aunque á mí misma me parece un sueño!... Yo los ví con mis propios ojos salir de detras del sepulcro, y arrojarse sobre el desdichado; pero en el mismo instante perdí la vista y el sentido... Mal pudiera decirte lo que haya sucedido luego; ni aun yo misma lo sé... solo me pareció que oia la voz del infeliz, que me llamaba en aquel trance... ¡Cuál seria su angustia, Dios mio, al dejarme en tal situacion!

MATILDE.

Procura serenar tu ánimo, si no quieres re-

caer en el mismo estado que ha puesto en peligro tu vida...

LAURA.

Mi vida!... ¿y qué me importa, si he perdido cuanto amaba en el mundo?

MATILDE.

¿Porqué?... Tu imaginacion acalorada te representa próximos los mayores males, cuando tal vez estan mas lejanos... ¿Quién sabe lo que habrá dado lugar á tan extraño caso?... Yo te confieso con ingenuidad que no acierto á explicarlo: ¿cómo pudieron esos hombres penetrar en el panteon? ¿á quién buscaban allí? ¿qué motivo pudo incitarlos á apoderarse de Rugiero?... Él no tiene émulos ni enemigos; ¿qué interes puede haber en hacerle daño?... (*Laura suspira profundamente, y deja caer la cabeza.*)

Lo que mas que todo me confunde, es cómo te hallaste esta mañana en tu lecho: yo oí, antes de amanecer, tu ahogo y tus quejidos; pero creí que era algun ensueño, que te afligia como otras veces, y aun dudé si debia despertarte.

LAURA.

Cuando volví en mí, temia abrir los ojos, creyendo hallar á mi lado aquellos dos es-

pectros... ¡Qué consuelo tuve, Matilde mia, cuando me ví en tus brazos!...

MATILDE (*abrazándola*).

Sí, hija, sí... desde que naciste te recibí en ellos; y en ellos te estrecharé mientras Dios me dé vida... Tu misma madre tenia zelos de mí; tú no te acordarás; eras tan niña!... pero luego se alegraba de lo mucho que me querias, y solo descansaba cuando te dejaba conmigo.

LAURA.

Si no fuera por tí, Matilde!... Yo no tengo mas alivio, mas desahogo en mis penas... soy tan desventurada!...

MATILDE.

¿Y á qué viene ese llanto?... No hay motivo aun para afligirse asi...

LAURA.

¿Dónde estará, Dios mio, dónde estará á estas horas?... Tal vez corre riesgo su vida; y ni aun tiene el consuelo de saber de su Laura!...

MATILDE.

Mira, mira en qué estado te pones...

LAURA.

Quizá me esté llamando, en medio de su angustia... y pidiendo á Dios por mí en su última hora!...

MATILDE.

¡Qué locura, hija, qué locura!

LAURA.

Rugiero, Rugiero mio, pronto te seguirá tu infeliz esposa!...

(*Queda postrada de dolor, mientras Matilde la sostiene y anima.*)

MATILDE.

Ya que tan poco valen mis súplicas y mis consejos, piensa á lo menos, Laura, piensa cuál es tu situacion... Tu padre ha enviado mil veces á saber de tí; y ya es hora que vuelva del senado... ¿qué dirá si te encuentra tan triste y afligida? ¿qué pretexto alegarle?... La menor duda, la menor incertidumbre nos pierde.

LAURA (*levantándose*).

Hoy va á saberlo todo.

MATILDE.

¡Qué es lo que dices!... ¿Estás en tí?

LAURA.

¿Y porqué lo extrañas?... ¡Quieres que deje perecer al esposo de mi corazon, por no revelar mi secreto!... No, Matilde, no; es mi esposo á los ojos de Dios, y yo debo salvarle á costa de mi vida... ¿qué me importa lo que digan los hombres?

MATILDE.

Tu misma pena te ciega ahora... ya lo pensarás antes.

LAURA.

Ya lo tengo pensado, resuelto; nada en el mundo me hará volver atras... ¿qué puede sucederme?... Mil veces hubiera él derramado su sangre, por evitarme á mí el mas leve pesar; y la única vez que necesita de mi socorro; cuando no tiene el infeliz ni padres ni familia que tomen parte en su desgracia, que pregunten siquiera si vive... se veria abandonado de su misma esposa!... No lo temas, Rugiero, no lo temas; tu Laura te salvará ó morirá contigo.

MATILDE.

Pero deja á lo menos que pensemos algun medio oportuno, para revelar el secreto á tu padre... por tí, por mí, hasta por él mismo, conviene no darle ahora tan funesta nueva...

LAURA.

¿Y me aconsejas tú que aguarde?... Quizá de un solo instante estará pendiente la vida de Rugiero; quizá á estas horas me estará ya culpando; y yo me mostraré indecisa, dudosa, por no confesar mi falta, por no pedir perdon á los pies de mi padre!... Ya lo sé, sin que tú me lo digas: me veré humillada, confundida, sufriré mil quejas y reconvenciones... pero haré ese sacrificio por mi esposo, y Dios le aceptará tal vez en su misericordia!

MATILDE.

Serénate, hija mia...

LAURA.

Ya estoy deseando que llegue, para descargar este peso que me oprime el alma... yo me arrojaré á sus pies, y los bañaré con mi llanto, y no me alzaré del suelo hasta que me haya perdonado... Asi perdone Dios á los que me han hecho tan infeliz!

MATILDE.

Mira, Laura, que me parece que oigo pasos... vente, vente conmigo...

LAURA.

Deja, Matilde, déjame... quizá sea mi padre; y voy á salirle al encuentro...

MATILDE (*queriendo detenerla*).

¿Qué vas á hacer?... repara...

LAURA (*soltándose de Matilde*).

Mas vale morir de una vez.

(*Matilde se retira confusa: Laura se dirige hácia la puerta por donde viene su padre; y al verle, fáltanle las fuerzas, y cae de rodillas.*)

ESCENA II.

JUAN MOROSINI, LAURA.

MOROSINI (*corriendo hácia su hija*).

Laura!... ¿qué tienes?... Levántate, hija, y ven á mis brazos...

LAURA.

Padre mio!...

MOROSINI.

¿Qué es lo que tienes?... ¿porqué estás asi?

LAURA.

Perdon, padre mio... perdon!

MOROSINI.

¿De qué, ángel de Dios?... Estás delirando, hija mia... tú eres incapaz de ofender á tu padre, tú no me has dado en la vida el menor pesar, ni me lo darás nunca... Pero levántate, Laura; mira que asi me afliges; y el corazon me duele de sufrir tanto hoy!...

(*Levántala.*)

No puedes sostenerte en pie, y escondes la cabeza contra mi pecho... ¿porqué temes mirarme?... Alza la cara, álzala; yo no tengo mas gusto que mirarme en tí!

LAURA.

No, padre mio, no... cada muestra de bondad es un torcedor que me ahoga...

MOROSINI.

¿Porqué?...

LAURA.

Cuando sepais mi falta... cuando veais el pago que he dado á tanto amor, á tanta ternura... Por Dios que no me aborrezcais; aun soy mas infeliz que culpable!

MOROSINI.

¿Qué turbacion, qué congoja es esa?... Sácame cuanto antes de esta incertidumbre; mira, hija mia, que ya no puedo mas!

LAURA.

Sí, voy á decíroslo, á confesaros todo... y esta vergüenza, esta angustia que ahora siento en mi alma, es ya parte de mi castigo... No me quejo, Dios mio, no me quejo; mas merezco aun!...

MOROSINI.

No te detengas... sigue...

LAURA.

Esta hija... esta hija única, objeto de tantos desvelos y vuestra sola esperanza... la que no debia ni haber respirado siquiera sin el permiso de un padre tan bueno... la que os juró mil veces hacer en todo vuestra voluntad, y recibir de vuestra diestra al esposo que Dios le destinara...

MOROSINI.

Acaba, Laura, acaba...

LAURA.

Esta hija ingrata ha dado ya su mano. — (*Arrójase á los pies de su padre: este se queda absorto.*)

MOROSINI.

Dios mio... Dios mio!... una sola cosa te habia

pedido este mísero padre... ¿porqué le has conservado la vida, para afligirle asi?

LAURA.

Padre... padre!...

MOROSINI.

Aparta, Laura, quita... no me beses los pies, cuando acabas de traspasarme el alma!

LAURA.

No por mí... yo no soy acreedora sino á vuestro castigo... pero por aquella santa que nos está mirando desde el cielo... por mi pobre madre, que os encomendó al morir á esta desventurada... por el cariño que le tuvisteis, y por las lágrimas y afanes que le costó el criarme .. ¡Cuántas veces me habeis dicho que me parecia á ella, que cuando oiais mi acento, creiais escucharla!... No, no; ella era virtuosa, y yo he faltado á todo!

MOROSINI.

¿Qué haces, Laura, qué haces?...

LAURA.

Ella me perdonaria, sí, me perdonaria... y á estas horas os está pidiendo por su hija desdichada... No le negueis la gracia que os pide desde el cielo... alli está delante de Dios, que siempre perdona!

MOROSINI.

Hija mia... hija mia... ¿porqué has hecho infeliz á quien te ama tanto?...

(*Inclínase un poco; Laura se levanta, y se arroja en sus brazos: quedan unos instantes en silencio.*)

¿Y quién es... quién es el que asi ha abusado de tu candor é inexperiencia?

LAURA.

No por cierto; él no empleó mas artes, mas seduccion que sus virtudes... es pobre, desvalido; pero tiene un alma tan noble! No merece el rigor con que le ha tratado la suerte.

MOROSINI.

Pero ¿quién es?... ¿porqué temes decirlo?

LAURA.

No lo temo; pero me cuesta trabajo pronunciar su nombre... A estas horas tal vez, quizá esté el infeliz en el mayor conflicto!...

MOROSINI.

¿Qué dices?... Aclara de una vez tantos misterios.

LAURA.

Pero vos le amparareis... ¿no es verdad?... Él no tiene mas esperanza en el mundo que las lágrimas de su esposa... ¡Quién tendrá piedad de nosotros, si nos la niega un padre!

MOROSINI.

Laura... no tiembles asi, hija... ven aqui, al lado de tu padre... que ya ha olvidado tu falta, y no ve mas que tus desdichas!...

(*Le echa los brazos con la mayor ternura, y la conduce á un sillon, junto al suyo : siéntanse ambos. — Laura coge las manos de su padre, las lleva á la boca, y levanta los ojos al cielo.*)

Sí, hija, sí... cuando un padre perdona, el cielo echa su bendicion! — Pero tranquilízate un poco, y confíame tus penas... ¿no soy yo tu mejor amigo?

LAURA.

Y esa misma bondad es la que mas me abate... Si me hubierais tratado como merezco, tendria mas valor.

MOROSINI.

Vamos, hija, sácame de estas dudas... ¿cuál es el nombre de tu esposo?

LAURA.

¿De mi esposo?

MOROSINI.

Sí...

LAURA.

Durante vuestra ausencia, cuando en mas de un año no recibí ni la menor noticia, y corrieron voces tan funestas de resultas de la derrota de la armada... hallándome sola, triste,

convalesciente de la enfermedad que me puso á las puertas de la muerte... viendo el desvelo y la ternura que me habia mostrado el jóven virtuoso á quien amaba mucho tiempo habia... le ofrecí darle mi mano, en cuanto Dios me concediese recobrar la salud... ¡ cuántas penas me hubiera ahorrado, si hubiese muerto entonces!

MOROSINI.

Sigue, hija, sigue...

LAURA.

En el mismo monasterio contiguo á nuestra quinta, dí la mano á mi esposo con el mayor secreto... y pocos dias despues, hallándome con él en la capilla del Buen Suceso, pidiendo á la Madre de Dios que me concediese el saber si viviais, recibí vuestra carta, anunciándome vuestra pronta venida. La alegría que sentí en mi alma, solo yo la sé; me propuse mil veces revelároslo todo, al momento mismo de abrazaros; pero desde el dia que llegasteis, nunca he tenido valor para confesaros mi falta.

MOROSINI.

Mas nunca acabas de decirme el nombre de tu esposo...

LAURA.

¿No lo he dicho ya?... Rugiero...

MOROSINI.

¡Rugiero!

LAURA.

No es culpa suya haber nacido tan desgraciado... pero cuantos le conocen le aman; y á vos mismo os he oido repetir sus elogios... Es tan honrado, tan compasivo, tiene un corazon tan hermoso!... ¡Cuántas veces me ha dicho, arrasados los ojos en lágrimas: « No tengo mas pesar en el mundo que el haber ofendido á tu padre; y nunca me presento á su vista sin cubrírseme el rostro de rubor... Mas si algun dia llega á perdonarme; si logro que me mire, no como á hijo, sino como á un esclavo, no viviremos uno y otro sino para hacerle feliz... y aun quiera Dios que asi podamos borrar nuestra falta!... » ¡Qué lejos estaba entonces de prever su desdicha!

MOROSINI.

¿De qué desdicha hablas?... ¡Aun hay mas todavía!

LAURA.

En este mismo instante, en que os estoy pidiendo su perdon y el mio... tal vez mi pobre esposo solo necesita el de Dios!

MOROSINI.

Cálmate, hija, cálmate... mira que esa sonrisa me hace estremecer! Desahoga tu pecho,

hija mia... cualesquiera que sean tus desgracias, si tu padre no puede remediarlas, las llorará contigo... ¿qué mas quieres de mí?...

(*Laura se levanta, y se arroja en brazos de su padre.*)

Mas vale asi, mas vale que llores... ¿No sientes consuelo, hija mia, en llorar en el seno de tu padre?... Vamos, vuelve á sentarte... Yo quiero que me cuentes la pena que te aflige; pero sin apurarte asi... aun estás muy débil, y esa congoja puede hacerte mal... No olvides, hija mia, que yo no tengo en el mundo á nadie mas que á tí!...

(*Laura vuelve á sentarse.*)

Ahora vas á decírmelo todo, todo... ¿Qué es de Rugiero? ¿dónde está? ¿cuál es el peligro que le amenaza?... Sin temblar, hija mia... si no me lo dices, ¿qué quieres tú que haga yo por él?

LAURA (*procurando reprimir su pesar*).

Yo le habia hablado pocas veces, desde que llegasteis... temia tanto daros un disgusto!... Nos contentabamos con mirarnos de lejos; y alguno que otro dia tambien nos escribiamos... siempre de nuestras penas... Al cabo me propuso venir de noche al canal solitario, que da á espaldas de este palacio, y hablarme por una ventana; y el mismo deseo de evitar que

se supiese y llegase á vuestros oidos, me hizo imaginar el recurso mas extraño, como el menos expuesto... Dentro del panteon le he hablado dos veces con el mayor sigilo; y anoche... anoche cabalmente era la tercera!...

MOROSINI.

¿Porqué te detienes?... Prosigue...

LAURA.

Desde antes que él viniese, ya me anunciaba mi corazon alguna desgracia... Llegó al fin Rugiero, y procuró animarme: él venia tambien triste; pero solo le dolia el verme afligida, y se desvivia el infeliz por parecer alegre... Serian como las dos... sí, esa hora seria... cuando empezó á levantarse un viento tan recio, que el panteon parecia estremecerse, y se apagó la lámpara que yo habia colocado sobre un sepulcro...

MOROSINI.

Sigue, hija mia... ¿qué tienes que temer, estando junto á mí?

LAURA.

Rugiero fue á encenderla; y yo iba á su lado, por no quedarme sola... tenia un terror tan grande!... Mas apenas nos acercamos al sepulcro, cuando se aparecieron de repente dos bultos altísimos, cubiertos con un ropage negro, y sin hablar ni una sola palabra, se

abalanzaron sobre el infeliz... yo quise gritar, pero no pude; á un tiempo me faltaron el habla y las fuerzas, y caí como muerta en el suelo...

MOROSINI.

Descansa un poco, hija... ahora seguirás.

LAURA.

Despues de algunas horas, volví al cabo en mí; pero en vez de hallarme en el panteon, como creia, me encontré en mi lecho, y Matilde á mi lado.

MOROSINI.

Mas ¿cómo supo dónde estabas, cómo te trajo á tu aposento?

LAURA.

No fue ella quien me trajo, ni sabe tampoco quien fuese... cuando acudió á mis quejidos, ya me halló en mi cama.

MOROSINI.

¿Y tú no viste ni oiste?...

LAURA.

A nadie.

MOROSINI.

¿Ni has recibido hoy nuevas de Rugiero?...

LAURA.

Eso es cabalmente lo que mas me aflige... él sabe el estado en que me dejó; y ni me ha escrito siquiera para tranquilizarme... ¡Cómo

habia de haberme olvidado, si el infeliz viviese!...

MOROSINI.

No hay que ponerse en lo peor, hija mia... mil causas pueden haberle impedido el cumplir su deseo...

LAURA.

Si le conocieseis como yo!... él no tiene mas anhelo, mas afan que su Laura.

MOROSINI.

¿Pero sabes por lo menos si ha vuelto desde anoche á su casa?

LAURA.

Hace una hora, aun no habia parecido.

MOROSINI.

¿Y has enviado á ver si se encuentra algun indicio en el panteon, que pueda darnos luz?

LAURA.

Apenas me recobré algun tanto le rogué á Matilde que fuese... La primera idea que me habia ocurrido es que hubiesen asesinado á Rugiero; y temblaba como la hoja en el árbol, al ver ya de vuelta á Matilde... pero ni halló rastro de sangre ni el indicio mas leve; hasta las puertas estaban cerradas, sin ninguna señal de violencia. (*Morosini se queda pensativo, y Laura le observa.*) ¿Qué será, padre mio, qué será?...

MOROSINI (*volviendo sobre sí*).

¿Cómo quieres que yo lo sepa?

LAURA.

Me pareció que se os habia ocurrido algun pensamiento muy triste, y que temiais decírmelo... No lo temais; es imposible que vuestra Laura sea ya mas infeliz!

MOROSINI.

Calma tu imaginacion, hija mia... (*Levántanse ambos.*) Yo voy ahora mismo á informarme, á procurar saber de Rugiero... pero es menester que te tranquilices, y que no lleve yo la pena de dejarte asi... Mira que he sufrido mucho, mucho... tambien merezco yo alguna compasion! (*Laura le besa la mano, y hace ademan de arrodillarse.*) Vamos, ya se acabó, hija mia... Pon tu suerte en manos de Dios, y ten confianza en tu padre!... No hay que llorar mas... retírate á tu cuarto, que me parece que suena gente... yo iré luego á buscarte.

LAURA.

Si no me engaño, es mi tio...

MOROSINI.

Pues bien, vete al instante, y déjame con él.

LAURA (*sobresaltada*).

¡Con él!

MOROSINI.

Sí, hija, déjanos solos...

(*Laura da unos pasos, y se detiene.*)

¿Qué esperas?...

LAURA.

Ya me voy... ¡Qué semblante tan adusto que trae!... No sé porqué al verle me ha dado un vuelco el corazon.

ESCENA III.

JUAN MOROSINI, PEDRO MOROSINI.

JUAN MOROSINI.

Quisiera hablar contigo unos instantes... sobre un asunto que me importa mucho.

PEDRO MOROSINI.

Dí lo que quieras; pero no tardes: dentro de una hora tengo que estar de vuelta en el tribunal. — ¿Porqué te detienes?...

JUAN MOROSINI.

Estoy pensando que no tienes hijos... y que no vas á comprenderme!

PEDRO MOROSINI.

¿Y á qué son esos preámbulos?... Nunca los has usado conmigo.

JUAN MOROSINI.

Es que nunca me he visto en la afliccion que hoy... (*Enjúgase una lágrima de los ojos.*) No mires, Pedro, no mires mi flaqueza... acabo

de recibir un golpe mortal, y al fin soy hombre!... (*Serénase un poco.*) Yo no tengo mas que una hija, único fruto de una union desgraciada... tú conociste á su madre, y sabes el extremo con que yo la amé... En mi hija veia el retrato de mi pobre Constanza; y su inocencia y sus caricias me consolaban de todas mis penas... Yo la he criado á mi lado, á mi vista, sin apartarme de ella un solo dia, hasta que el peligro de mi patria me impuso el sacrificio de separarme de ella... parece que el corazon me daba que aquella ausencia iba á costarme muchas lágrimas!...

PEDRO MOROSINI.

¿De qué sirve afligirte en esos términos?...

JUAN MOROSINI.

Volví al fin despues de tantos infortunios, sin mas anhelo que abrazar á mi hija; la hallé aun mas bella que antes, admirada, querida de todos; y cada dia fundaba en ella mayores esperanzas.... Todas se han desvanecido hoy: Dios lo ha querido asi!... Mi hija es ya esposa, Pedro: ni te pregunto si lo sabias, ni menos intento disculparla... quiero solo que lo oigas de mi propia boca, para que veas cuál es mi situacion! — Laura es ya de Rugiero: el Señor ha bendecido su union en su santo templo... y solo la muerte puede ya separarlos!...

Mi hija ama á su esposo con toda su alma; y yo no puedo vivir, si me falta ella... No te digo mas!

PEDRO MOROSINI.

¿Pero, qué es lo que quieres de mí?...

JUAN MOROSINI.

Rugiero ha desaparecido desde anoche; y tú sabes de cierto donde está.

PEDRO MOROSINI.

¡Yo!... ¿Soy yo acaso su guarda?

JUAN MOROSINI.

No, Pedro... mas no olvides que eres mi hermano. —

(*Pedro Morosini baja los ojos, y callan ambos por un momento.*)

A media noche, en nuestra propia casa, sin quebrantar las puertas ni causar el ruido mas leve, dos hombres apostados han arrebatado á Rugiero de entre los brazos de mi hija; y ella se ha visto trasladada, sin saber como, desde el panteon á su propio lecho... Yo sé el terrible ministerio que ejerces; conozco á Venecia muchos años ha; y me consta que en ella ni respira nadie sin que tú lo sepas... Sácame, Pedro, sácame por Dios de esta duda, para que pueda dar algun consuelo á mi hija!...

(*Observándole que calla.*)

Bien te lo decia yo, bien te lo decia antes...

¿cómo has de comprender mi dolor, si no tienes hijos?... Pero recuerda que tuviste uno; y que pudiste hallarte en el mismo caso que yo!... Tambien yo te he visto llorar... (lo tengo presente cual si fuese hoy) cuando supiste que tu esposa y su tierno niño habian muerto á manos de los infieles, sin tener siquiera el consuelo de poder rescatar sus cadáveres...

PEDRO MOROSINI.

¿Y á qué me lo recuerdas?

JUAN MOROSINI.

Yo te veia afligido; y no me apartaba un instante de tí, y hasta dormia al lado de tu cama... Cuando te veia descansar de tus penas, daba gracias á Dios, y le pedia que te hiciese feliz, aunque fuese á costa de mi vida!

PEDRO MOROSINI.

No lo he olvidado, Juan; ni era menester que me lo trajeses á la memoria... ¿Te he dado nunca el menor motivo de queja?

JUAN MOROSINI.

No; pero lo que á tí te basta, no me basta á mí!... No te enojes, si te hablo con toda la ingenuidad que debe mediar entre nosotros; hasta mi mismo dolor me da derecho á ello!... No sé si atribuirlo á aquella desgracia tan grande, que te dejó como solo en el mundo... ó á tu larga ausencia, durante tu gobierno en Can-

día... ó tal vez á ese terrible ministerio, que te hace ver á todas horas correr las lágrimas de los infelices... lo cierto es que no hallo en tí aquel afecto, aquella ternura, que mi corazon te está pidiendo... no parece sino que el tuyo se ha secado! — Hoy mismo, hoy mismo acudo á tí, lleno de amargura, como al mejor amigo que Dios me ha dado; y en vez de abrirme los brazos y de ofrecerme el mas leve consuelo, has oido mi desgracia cual si fuese la de un extraño!

PEDRO MOROSINI.

No, Juan, no me hagas ese agravio: amo á mi familia, como es justo, y á tí como á un hermano... mas no por eso olvido lo que debo á mi patria, y que Dios un dia ha de pedirme cuenta!...

JUAN MOROSINI (*con suma viveza*).

¿Qué me dices?...

PEDRO MOROSINI (*reponiendo con frialdad*).

Yo no te he dicho nada: contesto meramente á tus quejas. — Tambien pudiera á mi vez hacerte á tí reconvenciones, sobre ese carácter débil y condescendiente, que quizá ha contribuido á la perdicion de tu hija y á la desgracia que lloras hoy... pero no es ocasion de aumentar tus pesares, cuando ya no tienen remedio.

JUAN MOROSINI.

¿No queda ninguno?...

(*Pedro Morosini señala con la mano al cielo, y hace ademan de retirarse.*)

Aguarda... oye siquiera... no te pido mas!

PEDRO MOROSINI (*se detiene y le alarga la mano*).

No exijas por Dios, no exijas de mí lo que no puedo hacer.

JUAN MOROSINI.

Díme solo una cosa... ¿vive Rugiero?...

PEDRO MOROSINI (*despues de vacilar unos instantes*).

Vive.

JUAN MOROSINI.

Gracias á Dios!

PEDRO MOROSINI.

Pero no lo digas á tu hija.

JUAN MOROSINI.

¿Porqué?

PEDRO MOROSINI.

Porque tendria que llerarle dos veces.

(*Vase pausadamente: Juan Morosini permanece sobrecogido y confuso.*)

ESCENA IV.

JUAN MOROSINI.

No hay duda.... ninguna.... ninguna.... está en las cárceles del tribunal, y alli no hay espe-

ranza!... ¿Pero cuál puede ser su delito?... Tal vez una imprudencia, una palabra, va á costarle la vida, como ha costado á tantos... No, no: el silencio de mi hermano anuncia un secreto mas grave; y yo he visto, á pesar de su entereza, que le costaba el ocultármelo... Si Rugiero ha conspirado contra la república... si algunos descontentos se han prevalido de su inexperiencia... si el mismo deseo de mejorar de suerte y de aparecer mas digno de mi hija... ¿Cómo me presento yo á la infeliz, ni qué voy á decirle?... Ella me aguarda con el mayor afan, y espera de su padre palabras de consuelo... y yo tengo que prepararla á saber la muerte de su esposo!... Imposible, imposible... seria clavarle yo mismo un puñal en el corazon. —

(*Da involuntariamente unos pasos, como para salir fuera de la sala.*)

¿Mas á donde voy? ¿cómo la dejo abandonada asi?... La hija de mis entrañas no tiene mas apoyo que su padre, y nunca puede hallarse en mayor afliccion... Tal vez van á decirle de repente que su esposo ha muerto en un cadalso... y al saberlo el ángel mio, va á ahogarla su pena!... No; yo iré, yo iré... ahora mismo voy... puesto que Dios lo ordena asi, yo apuraré hasta las heces el cáliz de amargura!... —

(*Se encamina hácia adentro.*)

No sé qué temblor es este, que ni acierto siquiera á dar un paso... yo voy á consolarla, y no puedo yo mismo con mi propio dolor. — Dios mio... Dios de mi vida... tú que ves lo que pasa en mi alma, ten compasion de mí!... Por las muchas penas y trabajos que he padecido en este mundo... por la sangre que he derramado de mis venas, combatiendo contra los enemigos de tu ley... por el dolor que sentiste tú mismo, cuando viste al pie de la cruz á tu afligida Madre... consuela á este padre infeliz, ó dale al menos fuerzas!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

El teatro representa la plaza de San Márcos iluminada: en el fondo el palacio ducal, en cuyos salones se ve circular la gente, resonando de tiempo en tiempo los ecos de la música; á la puerta una guardia. — En la plaza se descubren las dos famosas columnas, y todo el ámbito aparece lleno de grupos de gente, paseándose y divirtiéndose, la mayor parte con máscaras y disfraces, asi como los conjurados, y algunos soldados de la república.

ESCENA I.

EL COMANDANTE DE LA GUARDIA (*á un grupo de gente, parado ante la puerta del palacio*).

Divertirse, amigos, divertirse; pero sin estorbar el paso.

(*Sepárase el grupo.*)

UN MARINERO.

¿Qué rezas ahí entre dientes?

UN ARTESANO.

¡Yo!... nada. — (*Acércase, y le dice con el mayor misterio:*)

Segun van estos nobles, hasta la tierra les va á venir estrecha.

MARINERO.

¿No sabes que soy sordo?...

ARTESANO.

¿Y de cuándo acá?

MARINERO.

Si tienes secretos que decir, puedes buscar otro confesor.

ARTESANO.

Calle!... ¿tienes miedo?

MARINERO.

Lo que es miedo, no... pero hace tres noches que sueño con aquellas columnas... ¿No sabes tú lo que hacen alli con los habladores?...

(*Él otro vuelve la cara azorado.*)

No vuelvas la cara, tonto; no te agarra nadie.

(*Échase á reir, y se va.*)

ESCENA II.

PRIMER CONJURADO.

(*Mirando un liston, que lleva otro al brazo.*)

Amigo!

SEGUNDO CONJURADO.

Las doce.

1r. CONJURADO.

¿Color?

2° CONJURADO.

Azul.

1r CONJURADO.

¿Caudillo?

2° CONJURADO.

Mafei.

1r CONJURADO.

¿Ha entrado ya en el palacio?

2° CONJURADO.

Hace mas de una hora.

1r CONJURADO.

¿Y los demas?

2° CONJURADO.

Tambien.

1r CONJURADO.

A Dios.

2° CONJURADO.

Él sea con nosotros!...

(*Danse la mano, sepáranse, y mézclanse con la turba.*)

ESCENA III.

UNA MUGER DEL VULGO.

No tienes que cansarte; no me marcho de aqui en toda la noche.

MARIDO.

¿De veras?

MUGER.

Desde la fiesta me voy á tomar la ceniza.

MARIDO.

¿Sabes que puede ser que no necesites al cura?

MUGER.

¿Porqué?

MARIDO.

Porque yo te la pondré en la frente.

MUGER.

Miren un marido galan!... y de novio parecia un cordero...

MARIDO.

Chito!...

MUGER.

Pero Dios me libre de aguas mansas...

MARIDO.

Chito!!

MUGER.

Y de hombre sin pelo de barba...

MARIDO.

Chito!!! ¿No has de poder con esa lengua?... (*A un máscara que los observa.*) Y tú, estafermo, ¿qué haces donde no te llaman?...

MASCARA.

Estoy viendo una cosa curiosa.

MARIDO.

Pues aqui no hay nada que ver.

MASCARA.

Muchachos, venid... aqui hay un marido enfadado en carnestolendas !...

(*Acude la turba alborozada.*)

MARIDO (*al irse*).

Diviértete esta noche, hija... mañana nos veremos las caras.

COMANDANTE DE LA GUARDIA.

(*Acercándose al grupo.*)

¿Qué era eso?

MASCARA.

Nada; un matrimonio bien avenido... (*Gritando á la gente.*) Quién se casa !... (*Sepáranse.*)

ESCENA IV.

UN MASCARA (*llamándole aparte*).

Capitan!

(*El máscara entreabre el dominó, y deja ver una medalla al cuello.*)

COMANDANTE.

Sois vos !

MASCARA.

¿Cuántos han entrado ya con el liston al brazo?...

COMANDANTE.

Hasta ahora unos ochenta.

MASCARA.

Entrar, todos; salir, ninguno.

COMANDANTE.

El que salga del palacio no ha de ser por la puerta, sino por *el Puente de los Suspiros*...

MASCARA.

¿Ha llegado la demas tropa?

COMANDANTE.

Y topa está ya oculta.

MASCARA.

Asi que desemboque el refuerzo de las islas, tomad las avenidas de enfrente, y que nadie escape.

COMANDANTE.

En cuanto suene la señal de la caza... ya será buena la batida.

(*Apártanse á un lado, y hablan unos instantes en secreto, al ver venir una cuadrilla de máscara, que se pone á bailar en medio de la plaza.*)

ESCENA V.

DAURO (*disfrazado de bastonero de la cuadrilla*).

A un lado!... á un lado!... Si no hay espacio, ¿cómo han de bailar?

(Sepárase la gente, y forma al rededor una media luna: principia el baile.)

UN CONJURADO (*dando la mano á Dauro*).

¿Se ha recibido alguna noticia de Rugiero?

DAURO.

¡Pues qué, no ha parecido!

CONJURADO.

Hasta ahora no.

DAURO.

¡Qué será!..

CONJURADO.

¿Quién puede saberlo?

DAURO.

Él no es capaz de esconderse á la hora del peligro.

CONJURADO.

Sea lo que fuere, ya no es tiempo de volver atras.

DAURO.

Mas vale morir matando que á manos del verdugo. (*Volviéndose á los músicos de la cuadrilla.*) Mas vivo, mas vivo... si se duermen ya, ¿qué será despues?

(Continúa el baile mas alegre.)

CONJURADO.

A Dios: no olvides mi encargo, si me sucede una desgracia...

DAURO.

Ni tú tampoco el mio: escríbele al instante á mi hermano, y que venga á consolar á mi pobre madre... (*Sepáranse.*)

ESCENA VI.

OTRO CONJURADO (*al espía 1°, con dominó negro*).

¿A qué me miras tanto, si no me conoces?...

(*El espía le indica con la cabeza que sí.*)

Pues bien, díme quien soy.

(*Le contesta que no.*)

Una seña á lo menos... ¿cuántos disfraces he mudado?

(*Le señala con los dedos que tres; y vase al instante.*)

Aguarda, escucha... yo he de saber quién eres.

(*El conjurado va á seguirle; el espía 2°. le sale de pronto al encuentro, se interpone entre ambos, y le detiene.*)

DAURO (*dando un golpe en el suelo*).

Basta: dejemos el lugar á otros.

ESCENA VII.

(*Cesa el baile, y se aleja la cuadrilla, á tiempo que entran por el otro extremo de la plaza dos peregrinos de Jerusalen, uno mas anciano que otro.*)

UNO DEL PUEBLO.

Buena va la danza!... hasta los peregrinos andan esta noche de huelga.

EL MARINERO.

¿Y porqué no?... Hartos trabajos han pasado por allá los pobres... ¿Ves aquel mas viejo?... Pues de milagro escapó en la Cruzada.

EL ARTESANO.

Nadie respirará, si nos dicen *la relacion de la Tierra Santa*...

VARIAS VOCES.

Nadie!... nadie!!!

EL HOMBRE DEL PUEBLO.

Aqui, hermanos, aqui, donde todos oigamos...

EL MARINERO.

Mas ruido armas tú solo que todas las mugeres.

(*Colócanse los peregrinos en el centro; y todos es-*

cuchan con la mayor atencion el siguiente coloquio:)

PEREGRINO ANCIANO.

Oid, cristianos, escuchad
La mas lamentable historia,
Que vivirá en la memoria
De una edad y de otra edad:
Los soldados del Dios vivo
Perecieron con valor;
Y otra vez el Redentor
Ve su sepulcro cautivo.

PEREGRINO MOZO.

« ¿Dónde está el Dios de esa gente?...
(El Saladino decia:)
Teñida en su sangre impía
Va del Jordan la corriente;
Y los que esclavos esten
Sufriendo duras cadenas,
Consuélense de sus penas
Vuelta la vista á Belen. »

PEREGRINO ANCIANO.

Calla, blasfemo: que el cielo
Castiga á su pueblo fiel;.
Mas nunca niega á Israel
La esperanza y el consuelo:
Tu ruina en breve será
Del mundo salud y ejemplo;
Y de Sion en el templo
Nuevo canto sonará.—

(Vese desembocar una turba, con mucha algazara.)

EL HOMBRE DEL PUEBLO.

Silencio !

VARIAS VOCES.

Silencio !!!

EL MARINERO.

¿ No hay quien haga callar á esos locos ?...

ESCENA VIII.

(Acércase la turba; y los peregrinos se retiran hácia el fondo de la plaza, seguidos de alguna gente; la demas se queda á oir el canto. Un máscara, vestido con un disfraz jocoso, entona este cantar en medio del concurso:)

MASCARA.

Con el Carnaval
Riñó la Cuaresma,
Él gordo y alegre,
Y ella triste y seca:
El pobre de ahito
Murió en la refriega;
Y esta misma noche
Dicen que le entierran.

VARIAS VOCES.

Ea !!!

MASCARA.

¡ Pobre Carnaval,
Qué noche le espera !

La vieja traidora
Ya le abre la huesa:
Toquen las campanas,
Enciendan las velas,
Y en coro cantando,
Vamos á la fiesta.

VARIAS VOCES.

Ea!!!

TODOS REPITEN EN CORO.

Vamos á la fiesta!!!

ESCENA IX.

TUMULTO.

(*Empiezan á dar las doce en el relox de S. Márcos; y á las primeras campanadas, arrojan el disfraz los conjurados, desnudan toda suerte de armas blancas, y gritan á una voz:*)

Venecia y libertad!!!

(*Los soldados de la guardia, los que habia disfrazados entre el pueblo, y otros que asoman por las bocascalles, contestan al punto:*)

Mueran los traidores!!!

(*Se nota al mismo tiempo gran tumulto en los salones del palacio, y resuenan dentro los gritos de:*)

Traicion!... traicion!!!

(*Ciérranse de golpe las puertas: un senador aparece*

en el balcon de en medio, escoltado de dos soldados con picas, y desplega el estandarte de la república, clamando al pueblo:)

San Márcos y Venecia!... viva la república!...

MUCHAS VOCES EN LA PLAZA.

Viva! ... viva!!!

(*Crece el estrépito y la confusion: suena una campana á vuelo, tocando á rebato; los conjurados y los soldados pelean un momento; el pueblo huye por todas partes.*)

CONJURADOS.

Nos han vendido!...

OTROS.

Sálvese el que pueda!

SOLDADOS.

A ellos!...

CONJURADOS.

Al puente de Rialto!... al puente!...

(*Abrense paso: la mayor parte de la tropa los sigue.*)

SOLDADOS.

Mueran los traidores!!!

OTRAS VOCES.

(*A lo lejos, y por el mismo lado por donde los conjurados se han ido:*)

Mueran!!!...

(*Sigue oyéndose adentro el estrépito de las armas.*)

ESCENA X.

COMANDANTE.

(*Animando desde la plaza á los suyos.*)
Corred, volad... y que no escape uno!

PEDRO MOROSINI.

(*Sale del palacio ducal, seguido de los otros dos presidentes, y atraviesa velozmente la plaza, diciendo:*)
Al tribunal... al tribunal los que escapen con vida!

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

El teatro representa la sala de audiencia del tribunal de los Diez, de aspecto opaco y lúgubre: en el promedio formará una especie de media luna, en que estarán colocados los jueces, los tres presidentes al frente, con una mesa delante, y los demas á los dos lados. A una punta, á la derecha de los jueces, y un poco mas bajo, el asiento y bufete del secretario. Encima del estrado del tribunal habrá escrito: *justicia.* A mano izquierda de los jueces se verá la puerta del cuarto del tormento, con este letrero: *verdad;* y á la derecha otra, cubierta con una cortina negra, que conduce al cuarto del suplicio; encima esta palabra: *eternidad.* A un lado y otro de la escena habrá varias puertas, por donde entran y salen los testigos y demas actores: una compuerta en el suelo indica la entrada de las cárceles subterráneas.

Es de noche: una lámpara antigua alumbra escasamente la estancia. Sobre la mesa de los presidentes se ve un libro, una escribanía, la urna de los votos, y un relox de arena.

ESCENA I.

PEDRO MOROSINI, LOS OTROS DOS PRESIDENTES, LOS JUECES, EL SECRETARIO.

SECRETARIO (*levantándose*).

Si pareciese al tribunal, leeré las resoluciones acordadas, antes de extenderlas en debida forma. —

(*Los tres presidentes indican consentir; y el secretario lee:*)

« El cadáver de Márcos Querini, antiguo senador, muerto con las armas en la mano á la cabeza de los traidores, será expuesto al público en un cadalso afrentoso, entre las dos columnas. »

« Por lo que respecta á Jacobo Querini, si acaso sobreviviese á sus graves heridas, será degollado públicamente en la plaza para terror y ejemplo. »

« Se pregonará la cabeza de Boemundo Thiépolo y la de los demas prófugos; ofreciendo premios y mercedes al que los presentare muertos ó vivos; y si fuese alguno de sus cómplices, indulto y perdon. »

« Se enviarán órdenes ejecutivas á los enviados de la república, y á los agentes secretos del tribunal en todas las naciones: donde quiera que se presentare Thiépolo ú alguno de los principales reos, se ejecutará la sentencia de muerte contra ellos, ó provocándolos á desafío bajo cualquier pretexto, ó por algun medio oculto; pero cuidando luego de que llegue á entenderse que no han logrado escapar, en ninguna parte de la tierra, al justo brazo del tribunal. »

« En cuanto á los demas nobles, promotores de la conjuracion, queda á la prudencia y dis-

cernimiento del tribunal determinar los que hayan sido mas culpables, ó los que ofrezcan para lo porvenir motivos mas fundados de temor y sospecha: estos serán ajusticiados en el cuarto secreto del tribunal, y sus cadáveres expuestos, cubiertos con un velo negro, y este letrero al pecho: *traidor á la república.* »

« Los nobles de menos valer serán desterrados, y enviados separadamente á las islas mas distantes y á las regiones menos sanas pertenecientes á la república, bajo pena de muerte, si volviesen á presentarse en Venecia. »

« Los marineros y soldados, los artesanos y gente vulgar, que seducidos por los descontentos han tomado parte en la conjuracion, serán tratados con indulgencia, para no hacer odiosa la justicia con tantos castigos. — Se concederá á todos gracia de la vida; pero los mas díscolos y bulliciosos serán ahogados de noche en el canal de Orsano. »

« Los soldados de Padua, que rindieron las armas antes de combatir, y los rebeldes que se entregaron en el puente de Rialto, al proclamar el Dux *amnistía y olvido,* no serán procesados ni perseguidos por ahora: solo se cuidará de observar su conducta, para castigarlos severamente á la mas leve falta; enviándolos desde luego á la armada y ejército, para que pur-

guen su delito en las empresas mas arriesgadas.»

« Quedan proscriptas, de ahora y para siempre, la familia de los Thiépolos y la de los Querinis: sus nombres y sus armas se borrarán por mano del verdugo donde quiera que se encontraren; sus palacios serán arrasados, destruidos sus cimientos, y hasta los escombros y el polvo arrojados al mar. — Jamas podrán reedificarse sus casas, ni renovarse su apellido, ni pisar el territorio de la república ninguno de sus descendientes: ellos, y sus hijos, y los que de ellos nacieren, hasta la última generacion, quedan condenados perpetuamente á la execracion pública. »

MOROSINI.

Es necesario pasar inmediatamente al Dux copia reservada de todo lo que resulta contra el embajador de Génova, como uno de los principales autores de tan infernal trama. — Asi se logrará que se renueven con mas empeño las muestras y protestas de amistad, á fin de alejar toda sospecha de resentimiento, ínterin se reunen los medios necesarios para vengar con las armas el agravio hecho á la república.

PRESIDENTE 2°.

Tambien seria yo de dictámen se propusiese al Dux y á su consejo, que vista la gravedad del caso presente, y que casi de milagro

se ha salvado Venecia, se establezca un aniversario solemne, para dar gracias al Altísimo, en semejante dia, por tan señalada merced.

PRESIDENTE 3°.

Me parece esa resolucion tanto mas acertada, cuanto conviene grabar en el ánimo del pueblo la memoria de este ejemplar, y recordarle que hay una Providencia que vela por la conservacion de los imperios.

JUECES.

Aprobado... aprobado.

SECRETARIO.

Falta por dar la sentencia contra Rugiero... aprehendido como uno de los fautores de la conjuracion, la noche antes que estallase.

PRESIDENTE 2°.

¿Está todo pronto para celebrar el juicio?...

SECRETARIO.

Todo.

MOROSINI.

Mas si al tribunal le pareciere suspender por ahora...

PRESIDENTE 2°.

¿A qué?... Los magistrados descansan administrando justicia.

(*Todos dan muestras de conformarse.*)

MOROSINI.

Abrese el juicio. —

SECRETARIO (*siéntase*).

Despues de cotejar detenidamente las dos declaraciones de los ministros secretos del tribunal, que este ha oido ya en su anterior audiencia, resultan del todo conformes, sin que discrepen en la circunstancia mas mínima. — Uno y otro la ha ratificado despues con juramento, sometiéndose, en caso de ser falsas, á la pena de los calumniadores.

Asi de su contexto como de los demas indicios, resultan contra Rugiero los tres cargos siguientes: (*lee.*) « 1°. Haberse reunido de secreto con los autores de la conjuracion en el palacio del embajador de Génova y en el de la familia Querini.—2°. Haber manifestado él mismo ser uno de los principales conspiradores, diciéndolo asi á Laura Morosini, hija del senador del propio nombre, pocos momentos antes de ser aprehendido por los ministros del tribunal. — 3°. Haber efectivamente seducido y ganado á los extrangeros que militan bajo sus banderas, á fin de que volviesen contra la república las mismas armas que esta les confiara para su defensa. »

El primer testigo, vehementemente indiciado de complicidad, es el soldado Julian Rossi, que ha acompañado á Rugiero en todas sus empresas, y que habitaba en su misma casa.

MOROSINI.

Comparezca.

(*Toca la campanilla, preséntase un subalterno del tribunal, recibe en secreto la órden del secretario, y va por el testigo.*)

ESCENA II.

DICHOS, ROSSI.

SECRETARIO.

¿Cómo te llamas?

ROSSI.

Julian Rossi.

SECRETARIO.

¿Qué edad tienes?

ROSSI.

Cuarenta y tres años.

SECRETARIO.

¿De dónde eres natural?

ROSSI.

De Módena.

SECRETARIO.

¿Tu profesion?

ROSSI.

Las armas.

SECRETARIO.

¿Cuánto tiempo ha que entraste al servicio de Venecia?

ROSSI.

Cuatro años... poco mas ó menos.

SECRETARIO.

¿Con qué capitan?

ROSSI.

Con Rugiero.

SECRETARIO.

¿Le conocias mucho tiempo antes?

ROSSI.

Si le conocia!... y le queria como si fuese mi hijo.

SECRETARIO.

¿Qué relaciones tan íntimas han mediado entre ambos, para ser tú el único que morase con él?

ROSSI.

Eso seria largo de contar... Él me habia salvado la vida en el combate de Ferrara... no es como otros *condottieros*, no; por salvar á cualquiera de los suyos, derrama él su sangre... y yo, como hombre agradecido, le habia pedido un favor no mas... no apartarme de él en mi vida. ¿Hay en eso algo de malo?... Él es tan bondadoso, que me dijo que sí.

SECRETARIO.

¿Qué personas entraban en su casa?

ROSSI.

Muchas.

SECRETARIO.

¿Quiénes?

ROSSI.

Sus soldados para bendecirle, y los infelices que socorria.

SECRETARIO.

¿Mas no tenia trato ni comunicacion con algunas personas sospechosas?... ¿Porqué no responde?

ROSSI.

Porque no entiendo esa pregunta.

PRESIDENTE 2.°

¿Sabes la pena que te aguarda, si faltas en un ápice á la verdad?

ROSSI.

Señor, yo no falto á ella... ¿pero cómo he de decir lo que no sé?

SECRETARIO.

¿No recuerda haber dicho, hace poco tiempo, que estaba pronto á obedecer las órdenes de Rugiero, en cierta empresa muy aventurada?...

ROSSI.

¡Yo!... No me acuerdo de haber dicho tal cosa.

SECRETARIO.

Una noche...

ROSSI.

No por cierto.

SECRETARIO.

Delante de una muger...

ROSSI.

Menos.

SECRETARIO.

Estando aun sentado á su mesa...

ROSSI.

No me acuerdo, á fe mia; pero si he dicho que haria cuanto mi capitan me mandase, es la pura verdad: yo nunca niego lo que siento.

SECRETARIO.

¿Y si Rugiero hubiese tramado alguna conspiracion contra la república?...

(No responde Rossi; los jueces redoblan su atencion.)

Tambien estaba pronto á obedecerle... ¿no quiere decir eso con su silencio?

ROSSI (*con viveza*).

No, señor, no... cuando yo callo, no digo nada. —

SECRETARIO.

¿Pero y si Rugiero se lo hubiese mandado?

ROSSI.

Mi capitan nunca manda lo que no debe hacerse.

SECRETARIO.

¿Y si por casualidad lo hubiese hecho esta vez?

ROSSI.

Pero, señor, si eso no es posible...

SECRETARIO.

El testigo se hubiera apresurado á delatarle al tribunal... ¿no es verdad?—¿A qué baja los ojos?

ROSSI.

Si dice el señor juez unas cosas, que hacen sonrojarse á un hombre de bien.

SECRETARIO.

Aqui son vanos esos subterfugios... responda terminantemente *sí* ó *no*.

ROSSI (*con resolucion*).

Pues, señor, yo no delato á nadie... y á mi capitan, menos.—

(*Toca Morosini la campanilla, sale el subalterno, recibe una órden al oido, y se acerca á Rossi.*)

Esto me da á entender que ya puedo irme... pero yo quisiera pedir al tribunal un favor... yo no tengo muger ni hijos... pueden hacer de mí lo que quieran... asi como asi esta vida vale tan poco!... Mas sentiria irme de este mundo sin ver la cara de mi capitan, y sin darle un abrazo... Yo no le diré ni una sola palabra... aunque sea con una mordaza en la boca... nada mas que verle y apretarle la mano... Hemos visto la muerte muchas veces juntos, y ya nos entendemos.

(*El presidente 2° hace seña de que le retiren; y él dice, yéndose:*)

Pobre capitan mio... ya no te volveré á ver, como no sea en el cielo!

(*Vuelven á entrarle por la misma puerta por donde le trajeron.*)

ESCENA III.

DICHOS, MENOS ROSSI.

SECRETARIO.

Tambien resulta otra prueba contra Rugiero de la confesion de Mafei... á pesar de su obstinado silencio, le nombró entre sus cómplices, á la séptima vuelta del tormento.

MOROSINI.

¿Se sabe si ha vuelto en sí?...

SECRETARIO.

Es probable...

MOROSINI.

Pues venga á ratificar su declaracion, para que pueda tener fuerza.

(*Toca, viene el subalterno, y va por Mafei.*)

ESCENA IV.

DICHOS, MAFEI (*le sacan del cuarto del tormento*).

MOROSINI.

Juan Mafei!... de órden del tribunal va á

leerse en tu presencia la confesion que has hecho, nombrando á tus cómplices... Oyela con atencion, y ratifícala con juramento, si la hallares conforme á la verdad: asi Dios te ayude!

SECRETARIO (*lee*).

« Juan Mafei, natural de Verona, comprendido en la causa de conjuracion contra la república, y vehementemente indiciado de haber sido uno de sus principales promovedores, fue puesto en el tormento, á las once de la mañana de este dia; y al cabo de media hora, á la séptima vuelta, despues de pedir por Dios que le dejasen respirar siquiera, ofreció declarar los cómplices de su delito... Accedió el juez á su demanda, amenazándole con aumentar el rigor de la prueba, si faltaba á la verdad que de él se exigia; y hallándose en el mismo potro, nombró como principales conspiradores á los patricios Márcos y Jacobo Querini, á Boemundo Thiépolo, á Andres Dauro, y al llamado Rugiero... Visto lo cual, y que á los pocos instantes perdió el conocimiento, se suspendió la prueba, y se dió aquel acto por fenecido. »

PRESIDENTE 2°.

¿Se ha enterado el reo del documento que acaba de leerse?

MAFEI.

Sí señor.

PRESIDENTE 2°.

¿Le halla en un todo conforme á la verdad?

MAFEI.

No sé.

PRESIDENTE 2°.

¿Pero no ha nombrado él mismo clara y distintamente á los ya mencionados, como sus principales cómplices?

MAFEI.

No lo recuerdo.

PRESIDENTE 2°.

Consta sin embargo...

MAFEI.

Será asi.

PRESIDENTE 2°.

¿Con que está de acuerdo en que los ha nombrado?

MAFEI.

Mi boca puede ser... yo no.

PRESIDENTE 2°.

¿Y no responde el hombre de lo que su boca pronuncia?

MAFEI.

De lo que he dicho en el tormento responderá el verdugo.—

PRESIDENTE 2°.

En el mero hecho de nombrarlos, tu conciencia te los sugeria...

MAFEI.

No sino mi dolor.

PRESIDENTE 2°.

¿Y porqué nombraste á esos, y no á otros?

MAFEI.

Porque en aquel instante no me ocurrieron vuestros nombres. (*Silencio.*)

MOROSINI.

Juan Mafei!... El tribunal juzga sin pasion y sin ira: ni las súplicas le ablandan, ni los insultos le exasperan.—Piensa en tu situacion; y que dentro de breves horas, tal vez tendrás que ir á dar estrecha cuenta de todas tus acciones y palabras...

MAFEI.

Ya lo sé.

MOROSINI.

Sondea bien tu pecho; y responde la verdad, como si ya estuvieses en presencia de Dios.

MAFEI.

A él le responderé... á vosotros no.

MOROSINI.

¿Porqué?

MAFEI.

Porque no temo vuestro castigo, y confio en su misericordia.—

PRESIDENTE 3°.

Por tercera y última vez te se requiere que declares tus cómplices.

MAFEI.

Solo he tenido uno.

PRESIDENTE 3°.

¿Quién?

MAFEI.

Mi conciencia.

PRESIDENTE 3°.

¿Tu conciencia pudo incitarte á conspirar contra el estado?

MAFEI.

Mi conciencia me dicta que los enemigos de Dios son los mios.

PRESIDENTE 3°.

¿Y quién te ha designado á los enemigos de Dios?

MAFEI.

Quien le representa en la tierra.

PRESIDENTE 3°.

¿Ignoras á lo que te expones, si prosigues en tu obstinacion?

MAFEI.

Solo deseo morir.

PRESIDENTE 2°.

Ni aun eso te se concede por ahora.

(*Toca la campanilla; y asi que sale el subalterno,*

le indica con la mano que vuelva á conducirle al cuarto del tormento.)

MAFEI (*gritando despavorido*).

Otra vez!...

(*El subalterno le manda que le siga.*)

Dadme sufrimiento, Dios mio... y si espiro del dolor, recíbeme en tus brazos!

ESCENA V.

DICHOS, MENOS MAFEI.

SECRETARIO.

Ya no falta sino la declaracion de Laura Morosini, á quien el mismo reo reveló su delito.

PRESIDENTE 2°.

¿Se le ha mandado comparecer?

SECRETARIO.

Han opuesto mil obstáculos para no obedecer la órden; pero ya está aguardando en la sala secreta.

PRESIDENTE 2° (*al subalterno, que ya de vuelta, va á cruzar el teatro*).

Id por ella al punto.

ESCENA VI.

DICHOS, LAURA.

(*Laura viene acompañada de Matilde, ambas*

cubiertas con el velo veneciano : al presentarse ante el tribunal, Matilde descubre á su ama, y el subalterno le indica que no puede estar presente, y que se retire con él, como lo ejecuta.— Laura aparece demudada y atónita, como si su razon se hubiese perturbado.—Durante el interrogatorio, Morosini tiene inclinada la cabeza, apoyada sobre ambas manos.)

PRESIDENTE 2°.

¿Cómo os llamais?

LAURA.

Laura... esposa de Rugiero.

PRESIDENTE 2°.

No es eso lo que se os pregunta; sino meramente vuestro nombre.

LAURA.

Mi nombre!... Yo creí que lo sabiais; todos lo saben en Venecia, y me compadecen... me ven tan desgraciada!

PRESIDENTE 3°.

No os aflijais, señora... el tribunal solo trata de cumplir con su deber, mas no de molestaros.

LAURA.

A mí nadie me quiere mal... pobre de mí!... yo á nadie le he hecho daño... Solo aquellos malvados han podido tratarme asi!... ni aun siquiera me socorrieron, al verme espirar; y se

llevaron al infeliz, que les pedia por Dios que le dejasen... Pero mi padre va á encontrarle, y á traerle otra vez á mis brazos: hoy mismo, hoy mismo va á saber todo el mundo que soy esposa de Rugiero!

PRESIDENTE 2°.

Procurad serenar vuestra imaginacion, para que podais responder acorde á las preguntas que es forzoso haceros.

LAURA.

Yo responderé á todo... ya no lo niego... ¿á qué?... Mi padre nos ha perdonado, y va á unirnos por toda la vida... ¿quién tiene en la tierra el derecho de separarnos?...

PRESIDENTE 2°.

¿Cuál es la última vez que habeis visto á Rugiero?

LAURA.

¡La última!... ¿Porqué?... Si él va á volver, y sabe ya que yo estoy muriéndome... No me dejará asi, no... ¿Cómo habia de tener corazon para eso?

PRESIDENTE 3°.

Moderad vuestra afliccion, señora; y procurad tener mas ánimo.

LAURA.

Si yo supiera de cierto que volvia... pero, ¿y si me engañan?... Tal vez me lo dicen solo por

consolarme... ¿No es verdad?... Yo le he llamado toda la noche á gritos, y no me respondia... aunque estuviese en el fin del mundo, hubiera oido á su Laura!

PRESIDENTE 2°.

¿Y de qué os habló Rugiero esa vez... cuando le hablasteis en el panteon?

LAURA.

¿De qué me habia de hablar?... De nuestros amores.—Nos veiamos tan pocas veces, y esas con tanto afan!... Ni aun tuve tiempo de darle mi retrato, con que iba á sorprenderle al despedirnos... Pero aqui le traigo, aqui, sin que lo sepa nadie; y voy á dársele, en cuanto le vea... Él me jurará llevarle siempre en el pecho, aunque viva mil años; y despues de su muerte, se lo hallarán sobre el corazon!...

(*Quédase de pronto muy abatida.*)

MOROSINI.

El juicio de esa infeliz parece perturbado; y juzgo inútil atormentarla mas.

PRESIDENTE 2°.

Pero tal vez se pudiera...

PRESIDENTE 3°.

Es en vano: su testimonio no puede ser válido; y las pruebas abundan.

(*Morosini toca la campanilla, y aparece el subal-*

terno, seguido de Matilde : Laura corre hácia ella.)

ESCENA VII.

DICHOS, MATILDE.

LAURA.

¿Ha parecido ya?...

MATILDE.

Ven, hija mia...

LAURA.

No me engañes, por Dios, no me engañes... mira que me muero, si luego no es verdad!

PRESIDENTE 2° (*al subalterno*).

Retiradlas á ese aposento, ínterin se concluye el juicio.

(*Señala hácia una de las puertas.*)

LAURA.

¿Está ahí?... Bien me lo decia mi corazon; que no estaba lejos... Vamos, Matilde, vamos... ¿Porqué lloras? yo voy á abrazarle primero!

(*Vase precipitadamente, seguida de Matilde : el subalterno las acompaña, y vuelve á presentarse.*)

ESCENA VIII.

LOS DICHOS, MENOS LAURA Y MATILDE.

PRESIDENTE 2°.

Me parece que ya es tiempo de tomar la confesion al reo...

MOROSINI.

Traedle.—

(*Entra el subalterno por la compuerta que está en el suelo.*)

SECRETARIO.

Desde esta mañana se le ha trasladado á los *pozos*, por negarse á declarar y á tomar alimento.

PRESIDENTE 2°.

Tambien faculté al alcaide, para que pudiese valerse de apremios...

PRESIDENTE 3°.

Pero supongo que no se habrá echado en olvido el estado de postracion en que se halla...

PRESIDENTE 2°.

El alcaide sabe su obligacion.

MOROSINI.

Secretario!... Tomad, para que preste el juramento con arreglo á las leyes.

(*El secretario toma el libro que le entrega Morosini.*)

ESCENA IX.

DICHOS, RUGIERO.

(*Sale primero el subalterno, y despues el alcaide ayudando á subir á Rugiero: este se muestra*

desfigurado y abatido, con el mismo trage de baile con que fue preso, y una cadena al cuerpo.)

SECRETARIO (*al subalterno y al alcaide*).

Acercadle.

(*El secretario presenta el libro abierto á Rugiero, y este pone la mano sobre él.*)

SECRETARIO.

¿Jurais á Dios y á sus santos Evangelios decir verdad en cuanto fuereis preguntado, aunque os vaya en ello la vida?

RUGIERO.

Sí juro.

SECRETARIO.

Si asi lo hiciereis, Dios os lo tenga en cuenta; y si fuereis perjuro, ni evitareis el castigo de los hombres, ni otro mayor en la eternidad!

(*Dejan á Rugiero en el banquillo de los reos, frente por frente del secretario, y se retiran el subalterno y el alcaide.*)

MOROSINI.

¿Tu nombre?

RUGIERO.

Rugiero.

MOROSINI.

¿Tu edad?

RUGIERO.

Veintiseis años.

MOROSINI.

¿Tu patria?

RUGIERO (*con tono abatido*).

Ni yo mismo lo sé.

MOROSINI.

¿Pero, dónde has nacido?...

RUGIERO.

Lo ignoro.

MOROSINI.

¿Y cómo puedes ignorarlo?...

(*Rugiero inclina la cabeza y no contesta.*)

¿De dónde eran tus padres?

RUGIERO.

Mis padres!...

(*Lleva las dos manos al rostro.*)

MOROSINI.

¿Porqué lloras?... ¿Te viven aún?

RUGIERO.

Yo no los he conocido en mi vida...

MOROSINI.

¿Pero de qué familia eres?...

(*Calla Rugiero.*)

No tengas rubor en decirlo.

RUGIERO.

Yo no he tenido, desde que nací, mas amparo que el de la Providencia.

MOROSINI.

Segun eso, te abandonaron tus padres...

RUGIERO.

No fueron tan crueles... es la única desdicha de que me ha preservado Dios!... Murieron los infelices en un barco, el mismo dia en que yo caí cautivo.

MOROSINI.

¿Qué dices?... ¿Has sido tú cautivo?

RUGIERO.

Lo fuí en mi niñez... para que no tuviera en esta vida ni un solo dia feliz!

PRESIDENTE 2°.

¿Y qué nos importan sus desgracias?... Se trata solo de su delito.

MOROSINI.

Sigue, Rugiero, sigue...¿Cómo te apresaron? ¿en qué parage? ¿dónde te condujeron?

RUGIERO.

Yo no recuerdo nada... tenia tan poca edad!... solo sí que me hallaba en Alejandría, cuando me rescató de limosna un religioso de la Redencion.

MOROSINI.

¿Pero no adquiriste noticia alguna acerca de tu familia y de tu patria?...

RUGIERO.

El santo religioso hizo cuanto pudo para averiguar quien yo fuese... pero no supo nada.

MOROSINI.

Nada absolutamente...

RUGIERO.

Solo sí que me cautivaron en un buque griego, al tocar ya las costas de Candía...

MOROSINI.

¡De Candía!...

RUGIERO.

Casi todos los cristianos perecieron en el combate; y á mí me hallaron desangrándome en el mismo seno de mi madre... Porqué no tuve la dicha de morir con ella!

PRESIDENTE 3°.

¿Qué haceis?...

MOROSINI (*saliendo de su asiento*).

Dejadme, dejadme... Rugiero... ¿es verdad cuanto has dicho?

RUGIERO.

¿Y qué interes tendria en engañaros?...

MOROSINI (*en medio del teatro*).

Mírame, Rugiero, mírame... ¿no te dice nada tu corazon?

RUGIERO (*levantándose*).

Que vais á firmar mi sentencia.

MOROSINI.

No, hijo, no... ten piedad de tu padre!

(*Va á abrazar á Rugiero, quien se aparta sorprendido, y Morosini cae desplomado. — El*

secretario acude á socorrerle; algunos jueces se levantan de sus asientos; el presidente 2° toca la campanilla, y salen el subalterno y el alcaide.)

PRESIDENTE 2°.

Llevadle al palacio por el puente secreto; y que se le suministren los auxilios que reclama su situacion. — Continúa el juicio.

(*El subalterno y el alcaide se llevan á Morosini.*)

ESCENA X.

DICHOS, MENOS MOROSINI.

RUGIERO (*que habrá permanecido inmóvil y como abismado en sí*).

¿Será posible, Dios mio, será posible?... No, no; tú no eres como los hombres; y no habias de concederme, á esta hora! lo que te pedí en vano tantas veces...

PRESIDENTE 2°.

¿Dónde estuviste hace cuatro noches, Rugiero?

RUGIERO.

Si fuera ese mi padre... si la misma sangre de Laura es la que corre por mis venas... si lo sabe la infeliz cuando sepa mi muerte!...

PRESIDENTE 2°.

¿Porqué no contesta?... ¿Cree acaso con su silencio desvanecer los cargos?

RUGIERO.

Y tal vez él mismo ha contribuido á mi ruina... y ha reconocido á su hijo, para verle espirar en un cadalso!...

PRESIDENTE 3°.

Rugiero!... por tu propio interes, vuelve en tí, y no abandones tu defensa... Mira que los momentos son preciosos; y que no volverán, si los pierdes!

PRESIDENTE 2°.

¿Dónde estuviste hace cuatro noches? ¿Con quién hablaste? ¿De qué se trató?... Responde.

RUGIERO.

Todo cuanto hayan dicho, todo es cierto: dejadme.

PRESIDENTE 2°.

¿Es cierto que has conspirado contra la república?

RUGIERO.

Si lo sabeis, ¿á qué lo preguntais?...

PRESIDENTE 3°.

Pesa, Rugiero, pesa bien tus palabras...

RUGIERO.

Yo no sé mentir ni faltar á mis juramentos.

PRESIDENTE 2°.

¿Lo habeis oido?... Basta.

(Toca la campanilla: salen el subalterno y el al-

caide, y se llevan á Rugiero por una de las puertas laterales.)

ESCENA XI.

DICHOS, MENOS RUGIERO.

PRESIDENTE 2°.

(*En pie, y leyendo la fórmula en el libro; todos los jueces se levantan.*)

« Ministros de este tribunal, á quienes ha confiado la república la balanza y la espada, ¿jurais pronunciar el fallo segun lo que vuestra conciencia os dictare, sin miramiento humano, atendiendo solo á la vindicta pública y al desagravio de las leyes? »

JUECES.

Sí juramos.

PRESIDENTE 2°.

« Poned la mano derecha sobre el corazon... el corazon libre de temor y esperanza, y la mano limpia de sangre inocente. »

JUECES.

Asi lo hacemos.

PRESIDENTE 2°.

« Y si asi no lo hiciereis, Dios os lo demande estrechamente, en el dia que no tendrá fin! » (*El secretario toma la urna, y la va pasando de-*

lante de los jueces, que echan en ella una bola negra.)

(El presidente 2º reconoce luego los votos, y pronuncia en pié la sentencia:)

Muerte.

(Escribe unas palabras en un papel, graba en él el sello del tribunal, y le entrega en seguida al secretario: este le lleva al cuarto del suplicio, y sale despues de unos instantes.)

(En el ínterin, el presidente 2º toca la campanilla; y el subalterno y el alcaide sacan otra vez á Rugiero.)

ESCENA XII.

DICHOS, RUGIERO.

PRESIDENTE 2º.

Rugiero!... el tribunal te ha juzgado reo de conspiracion contra la república; y acaba de condenarte á la pena de los traidores...

(Rugiero se estremece: el presidente vuelve del otro lado el relox de arena.)

Prepárate á comparecer, dentro de breves instantes, ante el tribunal de Dios... Los hombres te han condenado en su justicia; él te mire con misericordia!

(*Silencio.*)

¿Tienes algo que declarar?

RUGIERO.

Nada... Solo quisiera pedir una gracia, que haria menos amargos mis últimos momentos...

PRESIDENTE 2º.

¿Qué es lo que quieres?

RUGIERO.

Hablar á solas con el presidente Morosini... y no llevar al sepulcro esta duda cruel!...

PRESIDENTE 2º.

No puede ser, Rugiero... despues de condenado, solo es lícito al reo hablar con el ministro de la religion, que le consuela en ese trance.

RUGIERO.

Un instante siquiera... saber si me dió el ser... y tener la satisfaccion, una vez en mi vida, de abrazar á mi padre!...

PRESIDENTE 2º.

Imposible, imposible.

RUGIERO.

Por Dios... concededme esa gracia, y os perdono!... ¿Qué mas quereis de mí?...

PRESIDENTE 3º.

No está en manos del tribunal acceder á tu súplica... cree que si estuviese, no te se negaria.

RUGIERO.

Yo no quiero retardar mi muerte... Solo

verle, echarme á sus pies, y pedirle que no abandone á una desdichada... ¿No teneis ni padres ni esposas?...

PRESIDENTE 2°.

En este lugar no somos sino ministros de las leyes.

RUGIERO.

¿Y qué ley hay en el mundo, que prohiba á un hijo abrazar á su padre?... Yo no os pido mas... nada mas... recibir la bendicion de mi padre, y entregar mi alma á Dios!

PRESIDENTE 2°.

No pierdas el tiempo en vano... cada grano de arena que ves caer, es un instante de tu vida!

RUGIERO.

Ya lo sé... ¿Creeis que es el temor de la muerte el que me hace derramar estas lágrimas?...

PRESIDENTE 2°.

Ejecutad sin tardanza las órdenes del tribunal.

(*El secretario indica á Rugiero que le siga: el subalterno y el alcaide se colocan á sus dos lados.*)

RUGIERO.

De cierto es mi padre... es mi padre... cuando no logro, ni al morir, el consuelo de verle!

(*Al ir ya cerca del cuarto del suplicio, se detiene, y levanta la voz.*)

A Dios, padre mio!... A Dios!!! ¿Cómo no oyes la voz de tu hijo?...

ESCENA XIII.

DICHOS, LAURA, MATILDE.

(*Laura, al escuchar ese acento, abre de pronto la puerta del cuarto inmediato, y se arroja en brazos de Rugiero: los jueces se levantan sorprendidos: Matilde sale detras de su ama.*)

LAURA.

¡Ya estás aqui!...

RUGIERO.

Laura!...

PRESIDENTE 2°. (*saliendo fuera del estrado*).

Separadlos al punto.—

LAURA.

Toma, Rugiero, toma; guárdalo mientras vivas!

(*Le mete en el pecho su retrato.*)

RUGIERO.

Dios mio de mi alma... ¡qué os ha hecho este infeliz!...

PRESIDENTE 2°.

¿A qué aguardais?... Obedeced ó temblad!

(*El subalterno y el alcaide se llevan por fuerza á Rugiero; el secretario y Matilde separan á Laura, y la alejan á alguna distancia.*)

LAURA.

No, no... ¿porqué me arrancais á mi esposo?...

RUGIERO.

A Dios, Laura mia... No olvides á tu Rugiero, y pide á Dios por él!

LAURA.

¿Dónde te llevan?... Mira que mi padre nos está esperando...

RUGIERO.

¡Tu padre!... Díle al mio que ya no tiene hijo!...

LAURA (*desasiéndose de los otros, y corriendo tras él*).

Oye, Rugiero...

RUGIERO (*con voz desmayada*).

A Dios!......

(*Al entrarle en el cuarto del suplicio, descórrese la cortina: descubre Laura el patíbulo, cae hácia atras exánime, y Matilde la recibe en sus brazos.*)

LAURA.

Jesus mil veces!

FIN DEL DRAMA.

APUNTES

SOBRE

EL DRAMA HISTORICO.

Al tantear varias sendas en la carrera dramática, no se me ha dejado de ocurrir con harta frecuencia cúan difícil sea llegar, por cualquiera de ellas, al término deseado; pero ha contribuido á alentarme en mi propósito el pesar con que miro la decadencia y abandono en que yace el teatro español, y el anhelo de contribuir, en cuanto mis cortas fuerzas alcancen, á estimular el ánimo de los jóvenes, procurando encaminar sus pasos. Este mismo fin me mueve ahora, con motivo de las composiciones contenidas en este volúmen, á exponer brevemente algunas reflexiones sobre el *drama histórico*, que tal vez sean de algun provecho; y aun dado caso que me engañe mi buen deseo, él propio bastará á disculparme.

Inútil de todo punto seria empeñarse ahora en defender la existencia de tales dramas; ¿quién osará en el dia condenarlos, porque no se hallen expresamente comprendidos en la sabida distincion de Aristóteles ó de Horacio?... Estos dos célebres maestros tenian sobrado talento y saber para que hubiesen intentado fijar con estrechez mezquina los límites del arte; siendo asi que no hicieron, por el contrario, sino deducir máximas y

reglas, examinando las bellezas de las obras de genio que en su tiempo existian. Basta pues que el *drama histórico* posea la condicion esencial de reunir la utilidad y el deleite, para que deba hallar en el teatro acogida y aceptacion; y cierto que pocas composiciones habrá que puedan ser de suyo tan instructivas, y ofrecer al ánimo un desahogo tan apacible. Aun leyendo meramente la historia, nos cautivan por lo comun aquellos pasages á que ha dado el autor una forma dramática, y en que nos parece que los personages se mueven, obran, hablan por medio del diálogo; ¿qué será pues cuando veamos representado al vivo un suceso importante, y que casi creamos tener á la vista á los personages mismos, seguir sus pasos, oir su acento?...

Tan natural y tan antigua en España es la aficion á esta clase de composiciones, que es cosa digna de notarse que aun no habia salido de mantillas el arte dramática, hallándose todavía en manos de los mismos representantes, cuando ya se atrevieron algunos á ofrecer en las tablas, al lado de burlas y farsas, imitaciones de hechos históricos, sobrado sencillas y groseras, cual era de esperar. Y si muy temprano habia mostrado el teatro español tan ambiciosas pretensiones, no era de creer las abandonase luego, justamente en época en que la nacion acometia las mas arduas empresas, y en que las armas y las letras se mostraban émulas de gloria. No mas tarde que á fines del siglo XVI, publicó Juan de la Cueva su *Ejemplar poético;* y explayándose con laudable complacencia en el elogio del teatro español, al que da desde luego la palma, como que quiso en pocos versos indicar sus abundantes riquezas, clasificando sus varias composiciones de esta suerte:

En *sucesos de historia* son famosas,

En *monásticas vidas* excelentes,
En *afectos de amor* maravillosas.....

Si se ha dicho, y en mi concepto fundadamente, que la literatura de una nacion es el reflejo de la sociedad, cierto que rara vez se habrá visto muestra mas señalada. Un pueblo emprendedor, belicoso, avezado á hazañas y aventuras, debia hallar sumo agrado en ver representados en la escena los hechos célebres que habian cautivado su imaginacion: resintiéndose todavía de la infancia del arte, pagando su tributo, como todas las naciones, al espíritu del siglo, y mas animado que otros de celo religioso (confundido por espacio de ocho siglos con el honroso anhelo de independencia y gloria), no es extraño que el pueblo español se apegase con tanto ahinco á los varios géneros de composiciones sagradas, que fueron como una plaga de nuestro teatro; y ya se deja entender tambien, sin necesidad de explicacion ni pruebas, cuánto crédito y aplauso debieron obtener por su parte, en una nacion tan dada á galanteos, las composiciones dramáticas que versaban sobre asuntos y lances de amores.

Limitándonos ahora á nuestro propósito, cuando poco despues de Juan de la Cueva tomó tan rápido vuelo el teatro español, gracias al impulso de Lope de Vega, y cuando Calderon y otros autores célebres lo levantaron luego á su mayor altura, creció á la par la aficion á las composiciones históricas, concurriendo á ello de consuno el gusto de la nacion y la inclinacion de los poetas. Segun hemos insinuado en otro lugar, los dramáticos españoles tenian en general mas genio que cordura, y mas talento que instruccion; asi es que se sentian mas inclinados á presentar en las tablas hechos que despertasen la curiosidad, á encadenarlos con sagaz

artificio, y á arrastrar en su rápido curso el ánimo de los espectadores, que no á trabajar con detenimiento y afan para desarrollar una pasion, sondeando sus secretos en lo íntimo del corazon humano, ó para pintar un carácter con todas sus sombras y matices.

Empero las mismas causas que estimulaban á nuestros dramáticos á dedicarse de buen grado á composiciones históricas, les impedian aventajarse mucho en ellas: no hay hecho grave, por sencillo que sea, que no exija, para comprenderle á fondo y ponerle de bulto, largo estudio y profunda meditacion; y nuestros poetas, lejos de sujetarse á tan penoso trabajo, preferian lucir su fácil inventiva y dejar campear su lozano ingenio. Faltos los mas de la competente instruccion, se les ve incurrir á veces en errores manifiestos, como los que notó el sensato Luzan aun en los autores de mas fama; y si se exponian á cometer hasta faltas groseras de geografía y de historia, no era de esperar que se empeñasen, á costa de vigilias y esmero, en trasladar fielmente aquella fisonomía peculiar, por decirlo asi, que presenta cada siglo, cada nacion, cada hombre.

Asi es que de nuestros antiguos dramáticos casi puede afirmarse que solo sabian pintar Españoles; porque entonces hallaban los modelos en la propia casa, y su gran talento les bastaba: los hechos, las costumbres, las personas, se hallan presentados en muchos de sus cuadros con suma verdad y vivos colores; personage hay, como el rey don Pedro, que tal vez está mejor retratado en las comedias que en la historia. Mas asi que nuestros poetas querian andarse en correrías por regiones extrañas, ó se atrevian á desenterrar argumentos clásicos de la antigüedad, al punto se advierte con pena el lado de que flaquean, y se temen tropiezos y caidas:

Italianos y Tudescos, Húngaros y Franceses, todos se asemejan en nuestro antiguo teatro, descubriendo á las claras, cuando menos se piensa, modales y resabios de Castilla.

Cabalmente cuando se trata de argumentos históricos, la primera cualidad es la verdad de la imitacion; pues aunque no se exija, y antes bien sea grave falta, reducirse á una copia servil, nunca debe perderse de vista la índole de semejantes composiciones. Ni por eso haya miedo que á la imaginacion del poeta le falte en ellas campo para ostentar sus fuerzas; que en las obras del arte, aun cuando se propongan retratar á la naturaleza, siempre hay que corregir y hermosear; solo es preciso cuidar grandemente de no soltar la rienda á la fantasía ni dejarla correr á ciegas. Apenas hay en la historia asunto importante y extraordinario que no encierre en sus propias entrañas un tesoro de poesía, que el genio del autor sabrá descubrir y mostrar: no hay trozo de mármol, decia un escritor ingenioso, que no encierre en su seno una hermosa estatua; solo falta un artista que la saque á luz.

He recomendado con tanto ahinco la fidelidad histórica, que temo se dé á mis expresiones mas extension de la que en sí tienen: el poeta no es cronista; el fin que se proponen es distinto, diversos los instrumentos de que se valen, sus obras no deben parecerse. Un autor puede muy bien, en un *drama histórico*, presentar los hechos con mas circunstancias y pormenores de los que tal vez convendrían en una tragedia; pero no debe olvidar, so pena de amargo desengaño, que su obra no va á leerse descansadamente, al amor de la lumbre, para pasar las largas noches de invierno; sino que va á representarse en el teatro, en que todo aparece

desmayado y frio, si no hay accion, movimiento, vida.

Por eso me parece necesario tratar ante todas cosas de conmover el corazon, presentando al vivo sentimientos naturales y lucha de pasiones; que ese es el mejor medio, si es que no el único, de embargar la atencion, de excitar interes, y de ganar como por fuerza el ánimo de los espectadores. Asi pudiera, hasta cierto punto, reunirse en esta clase de dramas la utilidad de la historia y el encanto de la tragedia: no será tal vez empresa fácil; pero ese debiera ser por lo menos el punto de mira.

En cuanto á las reglas de esta clase de composicion, pueden aplicársele muchas, comunes á todas las obras dramáticas; pero conviene hacerlo con aquel tino y discernimiento que requiere su distinta índole y naturaleza. Habiéndose de representar un grave acontecimiento histórico, el arte del poeta consiste en elegir los hechos y circunstancias mas notables, que puedan dar de él una cabal idea; en disponerlos de manera que cada uno esté en el lugar mas oportuno, sin dañarse los unos á los otros, y antes bien prestándose recíproca ayuda; y en abarcar de tal suerte todos los materiales, que pueda reunirlos como en un haz, y atarlos con un fuerte nudo. Esta *unidad* es tan esencial en esta clase de composiciones como en todas las obras de bellas artes; el drama mas nutrido de sucesos la consiente, ó por mejor decir, la exige, asi como se la admira en los inmensos cuadros de Julio Romano.

Para que los hechos esten colocados á su amor en un *drama histórico*, y puedan sucederse sin confusion ni desórden, tal vez no baste un estrecho recinto; y en ese caso, poco reparo debehaber en mudar el lugar de la escena, antes que incurrir en tales faltas de verosimi-

litud, que perjudiquen á la ilusion dramática mucho mas que una ó dos mudanzas de decoracion. En medio de la guerra encarnizada que mantienen en el dia los dos campos literarios opuestos, creo que sobre este punto, asi como sobre otros muchos, la verdad está en un justo medio. Muy menguado concepto tendrá de su arte el poeta que sacrifique una situacion hermosísima, ó que incurra en un absurdo manifiesto, por no mudar una que otra vez el lugar de la escena; pero el que haga peregrinar á sus personages sin tino ni mesura, corre riesgo de recordar frecuentemente á los espectadores lo que con tanto afan debe procurarse que olviden. Cada acto, como parte distinta y separada, puede muy bien suponerse acaecido en diverso lugar, sobre todo si no estan entre sí muy distantes; y apenas habrá argumento dramático que exija mas que esta anchura para desarrollarse cómoda y fácilmente.

Tampoco se debe regatear sobre el tiempo que se supone dura la accion: basta que lo que pasa á la vista de los espectadores pueda haber sucedido realmente en el mismo espacio, poco mas ó menos, y que lo restante del tiempo que ha tomado el poeta lo haya distribuido con tal sagacidad, especialmente entre los actos, que el espectador no se aperciba de ello ó lo tolere de buen grado. La composicion que excite vivo interes y que despliegue mil bellezas, segura puede estar de quedar vinculada en el teatro, aunque la accion dure algunos dias, en vez del angustioso plazo de veinticuatro horas; pero mucho temeria yo que se diese por ofendida la razon de los espectadores, y que el interes se entibiase, si vieran amontonarse hechos sobre hechos, correr la posta los personages, y suponerse en breves horas que han pasado muchos años.

En cuanto al estilo y al lenguaje que requiere el *drama histórico*, meramente me atreveré á indicar que deben ser acomodados al argumento, á la condicion de las personas, á su situacion y demas circunstancias: en este punto muy poco ó nada valen las reglas; se necesita el buen gusto, ó por mejor decir, el instinto del genio.

En general el *drama histórico* no requiere quizá tanta elevacion como la tragedia: admite con menos dificultad personas de condicion mas llana, desciende con gusto á pormenores mas leves, se acerca mas á la vida comun; y el estilo debe irse plegando suavemente á tan varias formas, remontándose sin arrogancia, y abatiendo el vuelo sin rasar la tierra. Ya se deja entender, por razones opuestas, que la gravedad misma de los sucesos, la clase de personas que en ellos intervienen, y el calor que dan las pasiones al estilo y al lenguaje, exigen á su vez que estos rayen mas alto en el *drama histórico* que en la comedia.

Mucho mas habria que decir sobre la materia, si me hubiera propuesto tratarla á fondo; pero mi ánimo solo ha sido, y por eso cuidé de advertirlo con tiempo, reducirme á unos meros apuntes.

FIN.